

Tlajo: de cerquita,

tempranito y con la gente.



Tlajo: de cerquita, tempranito y con la gente.

Primera edición: Tlajomulco de Zúñiga, Jalisco, 2025

© Gobierno de Tlajomulco de Zúñiga

Domicilio: Higuera N° 70, Colonia Centro, Tlajomulco de Zúñiga, Jalisco, México

Tel.: 33 3283 4400 • www.tlajomulco.gob.mx

Coordinación general: Gerardo Quirino Velázquez Chávez.

Investigación y redacción: Víctor Julián Rosales Rodríguez, Daniel Emmanuel Trujillo Soto, Octavio Guevara Rubio, José Chávez García, Jefferson Frenel Junior Pierrelus Francois.

Edición y corrección de estilo: Víctor Julián Rosales Rodríguez.

Fotografía: Juan Carlos Rodríguez González.

Diseño editorial y maquetación: Catherine Fernández Hernández.

Ilustración: Nancy Karina Chávez Varela, Claudia Edith García Cabrera

Impresión: Tlajomulco de Zúñiga, noviembre de 2025

Hecho en México

Derechos

Este material —salvo el escudo, logotipos y demás emblemas oficiales— se publica bajo licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional (CC BY 4.0). Se permite copiar, redistribuir y adaptar con atribución a “Gobierno de Tlajomulco de Zúñiga, 2025” e indicando si se realizaron cambios. La licencia no autoriza el uso de emblemas oficiales.

Avisos

Las opiniones vertidas en esta obra son responsabilidad de sus autores y no necesariamente reflejan la postura de todas las dependencias del Gobierno Municipal.

Prohibida su venta. Distribución gratuita.



Índice

11	Introducción Tlajo: La Política del Encuentro
15	Capítulo 1: El Método Tlajo: Cómo Funciona un Gobierno Cercano
16	El nuevo contrato social: cercanía y corresponsabilidad
17	Tlajo como laboratorio de políticas públicas
20	De los cimientos a la arquitectura: cómo se convierte la cercanía en estilo de gobierno.
23	Un nuevo liderazgo desde el territorio
24	De la escucha a la corresponsabilidad
28	La cercanía como reconstrucción de lo político
28	La cercanía como principio de gobierno en el ámbito municipal
30	El municipio: espacio privilegiado para la cercanía
30	Dimensiones de la cercanía en los gobiernos municipales
31	Cercanía, legitimidad y nuevas formas de representación
31	Retos de la cercanía
32	Tlajo y la institucionalización de la cercanía: del discurso a la política pública
34	Conclusión
37	Capítulo 2: Del escritorio al territorio
37	El gobierno que camina: salir a la calle como estrategia de legitimidad y gestión eficaz
37	La calle como fuente de información legítima
38	Ventajas administrativas de la presencia territorial
38	Del gesto a la política pública: institucionalizar la presencia
39	Tlajo desde el territorio: gobernar con la gente, no para la gente
40	Historias que se tejen en el territorio

42	Donde hubo un puente, hoy hay una mesa
46	De la queja al compromiso: la legitimidad de la cercanía en Tlajo
47	El Primer Vínculo: Desactivar la Molestia con la Empatía
47	La Fórmula de la Confianza: De la Incredulidad a la Cercanía
49	Un lunes en Tlajo: la gente del vínculo
49	Montse: La Visión de la Credibilidad
50	Alma y la Línea de Emergencia
50	Marisela y el Arte de la Escucha Activa
50	Jorge y la Batalla por la Prioridad
52	El Tejedor del Bosque
56	DIF Tlajo: El Corazón de la Cercanía
63	Capítulo 3: Historias que lo prueban
65	La Alameda: Donde ahora suceden las cosas
67	Flaviano Ramos: El Compromiso en marcha
69	La red de las cuidadoras
69	Joana Flores Ramírez – “Te Cuidamos Siempre”
71	Aprender a no olvidarnos de nosotras mismas
71	María del Sagrario Casillas García – Cuidadora, madre y vecina comprometida
73	Sientes orgullo, porque sabes que tus hijos van a jugar ahí
73	Dalia Alejandra Pintor Martínez – Siempre Hay Chamba, Siempre Cerca
79	Capítulo 4: La Cercanía se Construye: Políticas para un Futuro Compartido
80	Redes de cercanía y corresponsabilidad: del modelo de consejos a un nuevo contrato institucional basado en participación social
82	De la participación ciudadana a la participación social: por qué esta distinción sostiene el modelo de cercanía
83	Lo heredado y lo que se reconfigura: de Consejos a Redes
84	¿Por qué redes? De deliberar a gestionar
84	Flujo demanda–gestión–solución
84	Metas y estándares verificables
84	Cogestión y corresponsabilidad del espacio común
84	Redes ligeras, rotativas y con continuidad
85	Deliberación integrada a la gestión
85	Cercanía como capacidad institucional
86	Riesgos y salvaguardas
88	Conclusiones
90	Cercanía que se construye: infraestructura para la cercanía en Tlajo
91	De la “cercanía” afectiva a la “cercanía” efectiva
93	Cercanía que se puede tocar: los dos nuevos Centros Administrativos Tlajo (CAT)

95	Cercanía que conecta: calle intermunicipal Zapopan–Tlajo
98	Corresponsabilidad como valor público y política de gobierno: el caso de Tlajo
98	La corresponsabilidad como valor público: un marco conceptual
100	Corresponsabilidad integral en tu escuela
101	Resultados y aprendizajes: cobertura, ritmo y sentido
101	Un modelo replicable: estándares para consolidar la corresponsabilidad
101	Alineación estratégica con el Plan Municipal de Desarrollo y Gobernanza y los ODS
104	Salud Cerca de Ti: la cercanía como derecho al bienestar
106	Gobernar con la gente, transformar para siempre
110	Manifiesto de Corresponsabilidad: Yo me comprometo con mi comunidad
111	MI CONTRATO CON NUESTRO HOGAR COMÚN
113	Bibliografía



Introducción: La Política del Encuentro

Tlajomulco de Zúñiga es un territorio que se reinventa constantemente. Aquí se entrelazan comunidades con siglos de historia y nuevas generaciones que llegan con proyectos y expectativas distintas. Es un municipio donde lo tradicional y lo contemporáneo no se oponen, sino que dialogan en una vida cotidiana plural. Esa mezcla de tiempos y trayectorias ha hecho de Tlajo un lugar dinámico, que enfrenta retos complejos pero que también genera respuestas creativas.

Llamarse como te llama tu gente es el primer acto de cercanía. Por eso, a lo largo de estas páginas, nos referiremos a este municipio como lo hacen quienes lo habitan, lo trabajan, lo quieren y lo gobiernan: Tlajo.

El crecimiento poblacional y la transformación de su entorno trajeron consigo nuevas demandas sociales. Lejos de resignarse a la distancia entre ciudadanía e instituciones, Tlajo eligió abrir un camino distinto: un gobierno que no se encierra, sino que camina con la gente; un gobierno que no observa desde lejos, sino que participa en la vida de sus colonias y comunidades. En un momento de desconfianza hacia la política, la cercanía se convirtió en método, en ética y en compromiso.

La pregunta de Alain Touraine —¿podemos vivir juntos?— atraviesa la experiencia tlajomulquense. En un municipio marcado por la diversidad de orígenes, estilos de vida y aspiraciones, esa pregunta se responde cada día en la plaza, en la escuela, en el espacio público compartido. Gobernar desde la cercanía significa reconocer esa pluralidad y darle forma en acuerdos, proyectos y corresponsabilidades.

En Tlajo, la legitimidad política se construye no solo en las urnas, sino en la calle: en la presencia cotidiana, en la escucha atenta, en la capacidad de cumplir lo que se promete. La cercanía ya no es un gesto amable, sino un deber democrático. La corresponsabilidad ya no es exhorto, sino compromiso: la certeza de que los logros se sostienen cuando gobierno y comunidad asumen juntos el cuidado de lo común.

Este libro narra esa historia. Muestra cómo Tlajo se convirtió en un laboratorio de innovación democrática donde la cercanía se traduce en políticas tangibles: clínicas de salud que descentralizan la atención, programas sociales que fortalecen la cohesión, brigadas que recuperan espacios públicos, infraestructura que acorta distancias y tiempo de vida, mesas de trabajo donde vecinos y autoridades toman decisiones conjuntas. La corresponsabilidad asegura que estas acciones no se diluyan, porque la ciudadanía participa como coautora y no solo como observadora.

Los capítulos ofrecen distintas ventanas a este modelo: un nuevo contrato social entre ciudadanía y gobierno, la transformación de la gestión desde el escritorio hacia el territorio, las historias que lo hacen palpable en la vida cotidiana, y finalmente una visión de futuro con el Modelo Tlajo como horizonte democrático.

Más allá de cifras o reglamentos, lo que aquí se propone es un pacto vivo. Tlajo no quiere un gobierno distante ni una ciudadanía resignada; quiere un territorio donde la política tenga rostro humano, donde las palabras valgan porque se cumplen y donde la vida comunitaria se sostenga en la confianza mutua.

Por eso esta introducción abre también un manifiesto: vivir juntos es posible si nos reconocemos en la cercanía; transformar el municipio es alcanzable si asumimos la corresponsabilidad. Ningún actor puede hacerlo solo: ni el gobierno sin la comunidad, ni la comunidad sin el gobierno. La fuerza nace en el encuentro.

Las páginas que siguen son apenas un preludio. Al final de este libro espera una carta, un llamado explícito a la corresponsabilidad. No pretende adornarse con solemnidad, sino invitar a cada persona a reconocerse parte de un mismo Tlajo. Porque gobernar de cerca es gobernar con memoria y dignidad, y corresponsabilizarnos es la condición para que esa vida en común perdure.

Tlajo lo ha mostrado con hechos: la política no es trámite, es acto de confianza. La cercanía no es gesto, es forma de estar. Y la corresponsabilidad no es discurso, es el pacto que hace posible vivir juntos.

**Vivir juntos es estar cerca,
estar cerca es cuidarnos,
cuidarnos es corresponsabilidad,
y la corresponsabilidad nos devuelve a vivir juntos.**



Capítulo 1

El Método Tlajo: Cómo Funciona
un Gobierno Cercano





*“¿Podemos vivir juntos?”
— Alain Touraine*

Tlajo, una ciudad vibrante y diversa en el corazón de Jalisco, ha atravesado durante las últimas décadas procesos complejos que la llevaron a replantearse profundamente el tipo de gobierno que merece su ciudadanía. Este municipio ha enfrentado retos derivados del crecimiento acelerado, la desigualdad social, la necesidad urgente de servicios públicos eficientes y una conexión más cercana con el resto del Área Metropolitana de Guadalajara. El diálogo entre autoridades y ciudadanos solía ser limitado, distante, y frecuentemente insuficiente para resolver esos desafíos.

Tlajo es una tierra con más de 500 años de historia como pueblo. Fue de los primeros municipios en reconocer a Jalisco como un estado libre y soberano. Tiene memoria, tiene identidad, pero también una extraordinaria capacidad de transformación. Nunca ha sido un territorio inmóvil. Ha sabido adaptarse, asumir su complejidad y mostrar nuevos rostros de sí mismo con cada generación.

Hoy, Tlajo es una ciudad híbrida: tradición e innovación, pasado y futuro, comunidades antiguas y nuevas realidades urbanas. Es una ciudad donde conviven múltiples tiempos. Su gobierno, más que una instancia técnica, se ha convertido en una palanca para orientar su rumbo urbano, ecológico, económico y social.

“La modernidad ya no sucede a la tradición; todo se mezcla; el espacio y el tiempo se comprimen”, escribió Alain Touraine (1994). Tlajo encarna esa idea. Lo que estaba alejado se ha acercado. Lo que parecía incompatible —el pueblo y la ciudad, lo local y lo global— hoy convive.

A partir de esa reflexión, vale la pena hacernos la pregunta con la que Touraine también abre su pensamiento: ¿podemos vivir juntos? Esa es, en el fondo, la pregunta que recorre este libro. Es también una de las inquietudes centrales del presidente Gerardo Quirino Velázquez Chávez: cómo gobernar en un presente que nos interpela todos los días sobre la forma en que convivimos, nos relacionamos y nos organizamos.

La respuesta que Tlajo ensaya desde el gobierno es clara: un modelo basado en la cercanía. Una forma de ejercer el poder desde la proximidad, pero no como imposición ni control, sino como construcción compartida. Vivir juntos no significa estar pegados ni aglutinados a la fuerza. Significa crear condiciones para una convivencia democrática, abierta y corresponsable.

Este modelo propone un diálogo constante entre lo institucional y lo social. La cercanía no como un gesto simbólico, sino como una política pública real, cotidiana, tangible. Un modo de gobernar que entiende que la distancia no es solo física, sino política, emocional y cultural. Y que la única manera de reducirla es estando presentes.

El nuevo contrato social: cercanía y corresponsabilidad

Hablar de un nuevo contrato social en Tlajo significa reconocer que la relación entre ciudadanía y gobierno se ha transformado de manera sustantiva. La cercanía dejó de ser un gesto amable o una cortesía política, para convertirse en un derecho exigible: la gente puede esperar —y exigir— que sus autoridades estén presentes, escuchen, actúen y rindan cuentas con transparencia.

Al mismo tiempo, la corresponsabilidad dejó de ser un exhorto ocasional a la participación voluntaria, para convertirse en un deber cívico, un compromiso colectivo con el cuidado de lo común. Este contrato no se limita a una declaración simbólica, sino que se traduce en prácticas verificables. El gobierno adquiere obligaciones claras: estar en el territorio, escuchar con atención, resolver con eficacia y rendir cuentas bajo reglas, indicadores y tiempos establecidos.

La ciudadanía, por su parte, asume también compromisos: participar en la toma de decisiones, priorizar necesidades de manera colectiva y hacerse cargo del cuidado de los espacios y bienes públicos. Es en ese intercambio de obligaciones donde se encuentra el corazón del contrato: una legitimidad que no se otorga cada tres años en las urnas, sino que se juega cotidianamente en las calles, las plazas y las colonias.

De este modo, la democracia local se resignifica: ya no como un ejercicio episódico de representación, sino como un pacto vivo que se actualiza en cada interacción entre vecinos y gobierno. En lugar de un contrato firmado una sola vez, hablamos de un contrato cotidiano, sostenido por la reciprocidad y la confianza mutua. Tlajo, con sus programas de cercanía y corresponsabilidad, encarna esta apuesta y la convierte en un laboratorio de lo posible para los gobiernos municipales en México.

La cercanía como principio de gobierno responde a un contexto en el que las democracias enfrentan tensiones crecientes entre la ciudadanía y sus instituciones. En muchas sociedades se ha debilitado el vínculo entre lo individual y lo colectivo, generando desafección política y pérdida de confianza en los gobiernos. En este escenario, el ámbito municipal

ofrece una alternativa concreta: un espacio de proximidad capaz de recomponer ese lazo mediante el contacto directo, la escucha activa y la corresponsabilidad ciudadana.

Gobernar desde la cercanía, como principio de un nuevo contrato social, implica reconocer que las soluciones más efectivas no surgen de diseños abstractos ni de modelos importados, sino del entendimiento profundo de las realidades locales. Este nuevo contrato social se va haciendo a través de la vida cotidiana de los barrios, colonias y comunidades porque son fuente de conocimiento y criterio legítimo para orientar las decisiones públicas. Así, la legitimidad democrática ya no descansa únicamente en las urnas (y la renovación de los contratos sociales en cada proceso electoral), sino también en la visibilidad de los procesos, en la capacidad de responder de manera equitativa y en la construcción de relaciones basadas en la reciprocidad.

Bajo esta lógica, la política municipal trasciende la visión técnica o meramente administrativa. Se concibe como un espacio compartido donde se ejerce la libertad, se reconoce la diversidad y se construyen acuerdos colectivos. La cercanía se transforma entonces en una ética pública: un compromiso para dignificar a cada persona en la interacción con las instituciones y para garantizar que el poder local esté al servicio de la comunidad.

En Tlajo, este enfoque ha sido asumido como principio rector. No se limita a reorganizar procedimientos administrativos, sino que impulsa una forma distinta de entender la democracia local: una democracia con presencia en la calle, con rostro humano y con la capacidad de renovar la confianza ciudadana día con día.

Tlajo como laboratorio de políticas públicas

Tlajo no es un municipio más en el mapa metropolitano de Jalisco: es un territorio que ha sabido convertir sus crisis y desafíos en puntos de inflexión para ensayar nuevas formas de gobernar. La historia reciente del municipio permite leerlo como un laboratorio de políticas públicas, un espacio donde se prueban, se ajustan y se consolidan mecanismos de gestión que después inspiran a otros gobiernos locales y nacionales.

A lo largo de las últimas décadas, Tlajo ha sido escenario de procesos contradictorios y, precisamente por eso, reveladores. Fue uno de los municipios símbolo del auge de la política nacional de vivienda, con la llegada masiva de fraccionamientos que multiplicaron la población, pero también los problemas de movilidad, servicios básicos y cohesión social. Esa misma experiencia lo colocó, años más tarde, como punto de partida para repensar los errores de un modelo urbano expansivo que no siempre estuvo acompañado de planeación. Fue también un ejemplo de opacidad y discrecionalidad en el uso de recursos públicos; sin embargo, hoy se posiciona como el municipio más transparente del país, reconocido por organismos ciudadanos y observatorios especializados como CIMTRA, Ciudadanos por Municipios Transparentes (CIMTRA, 2022).

Pero el reconocimiento va más allá de la transparencia: en julio de 2025, la agencia internacional *Fitch Ratings* elevó la calificación crediticia de Tlajo a 'AAA(mex)', la más alta que puede obtener un municipio en México, lo cual refleja una política financiera sólida, eficiente y transparente, con balance operativo robusto, liquidez adecuada y control del endeudamiento. Este logro no solo fortalece la confianza frente a inversionistas, sino también multiplica las oportunidades de financiamiento y mejora los servicios públicos para la ciudadanía.

Esta capacidad de aprender del error y convertirlo en motor de innovación es lo que define a Tlajo como laboratorio. No se trata de un proceso lineal, sino de un camino atravesado por tensiones, rectificaciones y apuestas audaces. El municipio ha sabido crear una cultura de experimentación institucional: probar presupuestos participativos cuando eran una novedad en el país, ensayar mecanismos de ratificación de mandato, abrir consejos ciudadanos con incidencia real, y más recientemente, articular programas de corresponsabilidad comunitaria que convierten a los vecinos en co-gestores del espacio público.

La literatura sobre innovación democrática ofrece claves para comprender esta trayectoria. Font (2001) señala que los gobiernos locales son espacios privilegiados para ensayar mecanismos participativos, porque la escala municipal facilita la interacción directa entre autoridades y ciudadanía. En la misma línea, Subirats (2016) plantea que el poder de lo próximo permite articular respuestas más pertinentes y contextualizadas a problemas públicos complejos. Tlajo ha operado bajo esa lógica: lo que en otros lugares aparece como discurso, aquí se ha ensayado como práctica tangible.

El laboratorio tlajomulquense está guiado por dos principios que le han dado continuidad a lo largo de más de una década: la innovación y la responsabilidad. Innovación porque cada etapa de gobierno se ha atrevido a cuestionar inercias y explorar caminos distintos, sin miedo a ensayar mecanismos inéditos. Responsabilidad porque esos ensayos no se han quedado en experimentos aislados, sino que han buscado institucionalizarse, convertirse en reglas, protocolos y políticas sostenibles en el tiempo (Rosanvallon, 2011).

Así, Tlajo ofrece hoy un caso singular en el panorama nacional. Es un territorio donde se cruzan los dilemas de la urbanización acelerada, las tensiones de la gobernanza metropolitana y las demandas de comunidades con profundas raíces históricas. Pero es también un municipio que ha hecho de esa complejidad una ventaja: un lugar donde se generan aprendizajes colectivos que muestran que otra forma de gobernar es posible. En este sentido, Tlajo no solo cuenta su historia; se narra a sí mismo como un referente de innovación democrática y como un banco de experiencias para repensar la política pública en México.



TLAXCO
TLAJOMULCO GOBIERNO MUNICIPAL

Siempre Ceroa

De los cimientos a la arquitectura: cómo se convierte la cercanía en estilo de gobierno.

La historia reciente de Tlajo muestra que la cercanía y la corresponsabilidad no surgieron como ocurrencias aisladas, sino como resultado de un proceso continuo que, en poco más de una década, consolidó un modelo local de gobernanza participativa. El punto de inflexión se dio con la administración de Enrique Alfaro Ramírez (2010–2012), quien rompió con la lógica de la ventanilla distante y apostó por un gobierno que se legitimara todos los días en territorio. Bajo su liderazgo, la idea de que el municipio debía ser algo más que una oficina de trámites se volvió política pública: el espacio político donde se decide lo común, cara a cara con la gente.

Alfaro introdujo innovaciones institucionales que marcaron pauta en el país, como el Presupuesto Participativo —que permitió a los vecinos decidir directamente en qué obras invertir— y la Ratificación de Mandato, un ejercicio inédito que puso a prueba en vivo la continuidad del gobierno municipal en 2011, 2014 y 2017. Estas herramientas no solo acercaron la toma de decisiones a la ciudadanía, sino que instalaron la convicción de que la legitimidad política se construye cotidianamente, no solo en las urnas. Paralelamente, su gestión impulsó el saneamiento de las finanzas municipales, la modernización de vialidades, la mejora de infraestructura urbana y escolar, así como la rehabilitación de la laguna de Cajititlán. Con ello, vinculó la obra pública con la participación social, trazando una ruta integral que unía gestión, confianza y resultados.

El camino fue continuado por Ismael del Toro Castro (2012–2015), quien profundizó la institucionalización de la participación ciudadana. Bajo su administración, las organizaciones vecinales dejaron de ser informales para obtener reconocimiento jurídico mediante un nuevo reglamento municipal. Este cambio fue decisivo: la voz de los vecinos dejó de ser insumo discrecional para convertirse en un derecho exigible, con efectos directos sobre la planeación y el presupuesto. La lógica de la participación mutó de consulta eventual a engranaje normativo. Tlajo, gracias a este avance, se colocó como referente democrático en Jalisco y contribuyó a la renovación de la Ley Estatal de Participación Ciudadana. Al mismo tiempo, el municipio obtuvo reconocimientos técnicos que mostraron que la apertura social podía convivir con la eficiencia administrativa, como la certificación ISO 9001–2008 y la calificación crediticia mxA+.

Durante la administración de Alberto Uribe Camacho (2015–2018), el contrato social entre gobierno y ciudadanía se expandió con mayor alcance territorial. Fue en este periodo cuando nacieron los Consejos Sociales, instancias flexibles y horizontales que articularon a pueblos, fraccionamientos y colonias en la deliberación y la toma de decisiones. Esta figura se convirtió en pionera en la Zona Metropolitana de Guadalajara y en modelo replicable en otros municipios. Además, la política social dio un giro: menos asistencialismo y más organización comunitaria, con énfasis en la corresponsabilidad y en el espacio público

como bien común que requiere reglas, acuerdos y cuidado compartido. En paralelo, la administración enfrentó retos estructurales como la sobreexplotación de acuíferos y avanzó en materia de seguridad con la creación del Centro de Comando, Control, Comunicación y Cómputo (C4), mostrando que la cercanía podía articularse también con políticas de innovación tecnológica y gestión de riesgos.

La etapa encabezada por Salvador Zamora Zamora (2018–2024) consolidó el modelo participativo al integrarlo de forma transversal en toda la administración. La participación ciudadana dejó de depender de programas específicos para convertirse en principio rector de gestión. Bajo su liderazgo, la política de corresponsabilidad se enlazó con la cultura de paz como criterio central para fortalecer el tejido social. El municipio impulsó proyectos de gran escala —el Centro Universitario de Tlajo, nuevas preparatorias de la Universidad de Guadalajara, la Línea 4 del Tren Ligero y un nuevo Centro Médico de Alta Especialidad del ISSSTE— que se acompañaron de inversión en agua potable, plantas de tratamiento y ampliación de la infraestructura en salud. La pandemia de COVID-19 representó un desafío mayúsculo, pero el municipio pudo resistir gracias a las estructuras comunitarias activas construidas en los años anteriores, que permitieron mantener estabilidad institucional y cercanía social en momentos críticos. Este periodo también dejó un hito histórico: la primera reelección de un alcalde en Tlajo, símbolo de continuidad y confianza ciudadana en un modelo que supo adaptarse a la adversidad global.

Lo que se observa, en conjunto, es un proceso de evolución institucional: de la consulta puntual a la cogestión permanente; de programas innovadores a reglas e indicadores sostenidos; de ejercicios experimentales a prácticas consolidadas. Tlajo pasó de ser un municipio asociado con opacidad y debilidad institucional a convertirse en un laboratorio de políticas públicas locales reconocido a nivel nacional. La cercanía se volvió norma, y la corresponsabilidad, contrato: una arquitectura de gobernanza que articula al gobierno y a la ciudadanía en un pacto cotidiano, capaz de sostener legitimidad y resultados en el largo plazo.





Un nuevo liderazgo desde el territorio

En este contexto emergió una figura política con una propuesta clara y distinta: Gerardo Quirino Velázquez Chávez. Su liderazgo no nació en los escritorios, sino en la calle, en la escucha directa, en la presencia constante en colonias y comunidades, en el compromiso con lo común. El actual presidente municipal construyó su carrera desde abajo, compartiendo la vida cotidiana de sus vecinos. Su experiencia le permitió entender que Tlajo no podía gobernarse desde la distancia: había que acercarse, había que estar siempre cerca.

La ceremonia de su toma de protesta, el 30 de septiembre de 2024, fue un reflejo de ese estilo. Ante un auditorio abarrotado de vecinos, con un discurso que evitó formalismos vacíos, Quirino se quitó el saco y se enfundó un chaleco de trabajo. Con ese gesto dejó claro que su gobierno no sería de escritorio, sino de calle, a nivel cancha. Dijo que su administración *“no puede ser de quienes cobran por calentar sus asientos”*, y se comprometió a gobernar 24/7, atendiendo temas esenciales como agua, movilidad, educación y empleo con la ciudadanía en el centro. Convocó también a dejar atrás las diferencias partidistas y a trabajar con dignidad, afirmando que Tlajo debía dejar de pensarse como municipio dormitorio para convertirse en un territorio con identidad, desarrollo y futuro.

Aunque en la historia política del municipio hubo dos presidentes identificados como *“del mero Tlajo”* —Manuel Guzmán de la Torre (1995–1997) y José Antonio Tatengo Ureña (2007–2009)—, el modelo actual encarna con mayor claridad dos afectos centrales. El primero es una vuelta al origen ideológico del proyecto político local: *“con la ciudadanía todo, sin la ciudadanía nada”*, es decir, construir gobiernos de cerca, donde la participación no es concesión sino derecho. El segundo es un cariño y respeto profundo por el pasado. El proyecto no se erige como ruptura ni como gesto aislado, sino como continuidad creativa que reconoce los pasos dados por generaciones anteriores y se enraíza en la memoria tlajomulquense: entender el pasado para innovar en el presente.

Conocer al presidente desde antes de su vida pública, reconocer sus raíces familiares y comunitarias, le da a la ciudadanía una tranquilidad particular. Quirino no viene de fuera: estudió en escuelas públicas de Tlajo, jugó fútbol en las mismas canchas, se divirtió en los mismos espacios recreativos y combinó desde joven el comercio con su formación académica. Es *“uno igual que nosotros”*, como repiten algunos vecinos, alguien que entiende las necesidades reales no en abstracto, sino en carne propia. Esa cercanía biográfica es también legitimidad política.

Su estilo de liderazgo tiene además un componente heredado. Su padre fue servidor público y dejó como enseñanza que gobernar no es ocupar un cargo, sino servir sin horarios, demostrando que la alternancia era posible y que se podía romper con viejos cacicazgos. De él aprendió que *“quien no vive para servir, no sirve para vivir”*, frase que hoy sintetiza el sello humanista de su administración.

Este nuevo liderazgo no se reduce a gestos ni a biografía: se expresa en la capacidad de convertir afectos comunitarios en políticas públicas concretas. La cercanía, bajo su conducción, pasó de ser práctica a convertirse en principio rector. La cogestión del espacio público, la participación vecinal organizada y la redistribución de cuidados son ahora parte de la arquitectura gubernamental. Tlajo bajo su mando mantiene los énfasis de sus antecesores —participación ciudadana, conservación ambiental, identidad cultural, responsabilidad cívica— pero los enlaza con una nueva narrativa: la de un municipio que se piensa a sí mismo como comunidad viva, diversa y solidaria.

En suma, Gerardo Quirino representa una síntesis entre tradición y futuro: un alcalde que surge de la experiencia común de su pueblo, que reconoce los legados previos y que, al mismo tiempo, eleva la cercanía al rango de sistema de gobierno. Tlajo, bajo su liderazgo, muestra que el territorio no es solo escenario, sino método; y que la política de lo cercano puede convertirse en horizonte democrático.

De la escucha a la corresponsabilidad

Desde el inicio de su gestión, se impulsaron políticas centradas en la escucha activa y la corresponsabilidad ciudadana. Se abandonó el modelo tradicional de oficina cerrada, y se adoptó una forma de gobierno en movimiento. Las calles, colonias y plazas se transformaron en espacios abiertos de gestión pública, donde ciudadanos y funcionarios interactúan de forma cotidiana.

La implementación de este modelo exigió una transformación profunda del aparato gubernamental. El gobierno tuvo que reconfigurarse: hacerse más ágil, más transparente, más capaz de adaptarse. Brigadas móviles, módulos itinerantes, agentes sociales y programas como los Corresponsabilidad, Siempre Hay Chamba comenzaron a recorrer el municipio para garantizar que ningún territorio quedará sin atención directa.

Si hoy se habla de cercanía como principio rector y de corresponsabilidad como nuevo contrato social en Tlajo, es porque desde 2010 comenzó a construirse, a fuerza de decisiones y ajustes finos, un andamiaje de políticas públicas que acercaron —literal y simbólicamente— al gobierno con su gente. La arquitectura institucional de Tlajo descansa en dos principios afectivos. Por un lado, la proximidad como fundamento ideológico: la legitimidad política se construye desde la relación cotidiana con la ciudadanía. Por otro, la memoria como recurso estratégico: el municipio reconoce que toda innovación debe anclarse en una historia compartida y en una identidad enraizada. En este sentido, gobernar con cercanía es también gobernar con memoria, pues solo al dialogar con el pasado se puede generar futuro con legitimidad social.

Lo que Tlajo construyó entre 2010 y 2024 no fue un catálogo de programas, sino una plataforma cívica. Ahí están los ejercicios que

cambiaron la conversación —decidir obras desde el barrio, evaluar a los gobiernos en vivo, abrir el reglamento a la voz vecinal, activar consejos y redes—; ahí están también la rutina territorial, la transparencia como práctica y la cultura de paz como criterio de convivencia. Esa acumulación dejó algo más valioso que cualquier obra: hábitos y reglas.

El modelo de cercanía de Gerardo Quirino parte de esa plataforma y le da otra vuelta de tuerca: convierte la cercanía en sistema de operación. Innova: ordena, acelera y mide la que ya existía y revitaliza el proyecto volviendo al origen del todo. Donde antes había programas, hoy hay un modo de trabajar; donde había gestos, hoy hay protocolos; donde había consultas puntuales, hoy hay ciclos completos de escucha–decisión–ejecución–rendición.

Cuatro herencias que hicieron posible el salto: **1) Una ciudadanía entrenada.** Años de participación con efectos dejaron un músculo vecinal dispuesto a priorizar y a cuidar lo común. Eso le permite al gobierno actual pasar de “convocar” a co-gestionar sin empezar de cero. **2) Institucionalidad disponible.** Reglamentos, consejos y figuras de representación ya probadas dan certidumbre jurídica para que la cercanía no dependa de voluntades personales. **3) Territorio como método.** La práctica de salir a colonias y delegaciones instaló el principio operativo: el problema se entiende y se resuelve en sitio. **4) Transparencia y trazabilidad.** La cultura de datos y la visibilidad de procesos abrieron la puerta a indicadores y a compromisos verificables.

Sobre ese terreno ya construido, Quirino no empieza de cero: convierte la cercanía en un sistema. Le da nombre y jerarquía —la eleva a principio rector— y la traduce en una arquitectura operativa con reglas, tiempos e indicadores. Pasa de programas dispersos a un modo de trabajar que ordena la escucha, la presencia y la cogestión; fija una puerta única para la demanda ciudadana con seguimiento puntual; incorpora la equidad como criterio de asignación y el cuidado como política urbana; y, al mismo tiempo, despersionaliza el cumplimiento sin perder el trato cara a cara. En concreto, esto se expresa en cinco decisiones clave:

- **Un principio rector claro.** Declara la cercanía como regla de gobierno, no como campaña. Todo pasa por tres frentes coordinados: vinculación (escuchar, registrar, canalizar y cerrar), cercanía (presencia y agenda por colonia) y corresponsabilidad (cogestión del espacio público con reglas y seguimiento), e institucionalmente crear tres dependencias que tienen por encargo estos principios.
- **Puerta única y tiempos definidos.** La demanda entra por un solo canal territorial y cada caso tiene folio, responsable y evidencia. Se fijan estándares de servicio por tipo de reporte.
- **Equidad como criterio operativo.** La inversión y el servicio se reparten con reglas públicas que priorizan rezagos y vulnerabilidades y se reportan por zonas con metas de cobertura.

- **Cuidado como política urbana.** La cercanía incorpora la redistribución de cuidados: infraestructura que ahorra tiempo y reduce cargas (sobre todo para mujeres y familias), y redes de cercanía y corresponsabilidad que sostienen el día a día.
- **Despersonalización sin perder el rostro.** La cercanía incorpora la redistribución de cuidados: infraestructura que ahorra tiempo y reduce cargas (sobre todo para mujeres y familias), y redes de cercanía y corresponsabilidad que sostienen el día a día.

Lo decisivo no es la novedad, sino el cambio de escala. La participación dejó de ser evento para volverse flujo de trabajo; la presencia dejó de ser visita para volverse frecuencia; la solución dejó de ser reactiva para volverse preventiva (rondas, mantenimiento programado, acuerdos de uso); la rendición de cuentas dejó de ser informe anual para volverse seguimiento semanal en abierto.

Esa relectura del legado permite a Quirino proponer algo más ambicioso que una suma de programas: un contrato cotidiano. El gobierno se obliga a estar, escuchar, resolver y rendir cuentas con tiempos y datos; la ciudadanía se compromete a priorizar, participar y cuidar. La legitimidad ya no se juega cada tres años, sino cada semana, en cada colonia.

Lo construido desde 2010 dio base cívica, reglas y territorio. El modelo de cercanía de Gerardo Quirino toma esa base y la vuelve arquitectura operativa: un sistema que hace de la proximidad una capacidad medible y de la corresponsabilidad, un hábito comunitario. Continuidad creativa, no borrón y cuenta nueva. Eso es lo que permite hablar hoy de cercanía no como promesa, sino como manera de gobernar, como estilo de gobierno.



TUMCO
AJOMULCO GOBIERNO MUNICIPAL

ZT-01

TUMCO
AJOMULCO GOBIERNO MUNICIPAL

Siempre Cercos

La cercanía como reconstrucción de lo político

En un mundo dominado por el mercado global, las estructuras económicas tienden a suplantar el sentido de comunidad, y la política — más allá del voto— deja de representar una esperanza de transformación para muchas personas. Este contexto ha producido una sociedad fragmentada, desencantada y con baja confianza institucional, donde la participación tiende a diluirse y la acción colectiva pierde fuerza frente al individualismo.

Touraine plantea una salida ética y social a esta crisis: reconstruir la vida en común desde la dignidad, el respeto a la diversidad, la solidaridad y una libertad cercana. No una libertad abstracta, sino una libertad que se vive con otros, en un espacio compartido. Su propuesta —la de articular unidad sin homogeneización— exige repensar la política no como gestión de lo técnico, sino como acto de reconocimiento mutuo entre el Estado y la ciudadanía.

Este llamado resuena profundamente con el concepto de cercanía en el ámbito municipal. A diferencia de otros niveles de gobierno, el municipio tiene una capacidad única de conectar con la ciudadanía en su cotidianidad, en su territorio y en sus vínculos. Es en la calle, en el parque, en el tianguis o en la escuela pública donde las personas se relacionan con lo que entienden como “el gobierno”. Si esas relaciones son lejanas, verticales o meramente administrativas, se reproduce la desafección. Pero si el gobierno municipal se vuelve rostro, voz, escucha y acción compartida, se reconstruye la confianza perdida y se dignifica el ejercicio político.

La cercanía no es una estrategia decorativa, es una respuesta estructural al vacío democrático que Touraine denunció. Es una forma de volver a hacer de la política un espacio vivible, tangible y transformador. En este sentido, gobernar desde la cercanía no es solo mejorar servicios o abrir canales de participación; es recuperar la idea de comunidad en un tiempo de distancias.

La cercanía como principio de gobierno en el ámbito municipal

En las últimas décadas, el concepto de cercanía ha ganado centralidad en los debates sobre democracia y gobernanza local. La creciente demanda ciudadana por gobiernos más accesibles, transparentes y empáticos ha puesto en crisis los modelos burocráticos tradicionales, dando paso a una revalorización del municipio como espacio político estratégico. En este nivel —el más próximo a la vida cotidiana—, la cercanía no es solo una aspiración normativa, sino una necesidad estructural para lograr una gestión pública eficaz, legítima y arraigada en las realidades concretas del territorio.

¿Qué entendemos por cercanía en el gobierno?

Tlajo Cercano no es un programa: es un modo de gobernar. Parte de una convicción sencilla y exigente: la cercanía no es solo distancia física, es presencia con vínculo. Supone que el Estado local se disponga activamente a reconocer, escuchar, comprender y responder a las necesidades y aspiraciones reales de la gente. Como advierte Joan Subirats, gobernar desde la proximidad implica incorporar el “*conocimiento situado del territorio*” y fomentar relaciones cara a cara que vuelvan las respuestas más legítimas, pertinentes y contextualizadas (Subirats, 2002).

La cercanía en el ámbito gubernamental no se limita a una cuestión geográfica. Implica una disposición activa para reconocer, escuchar, comprender y responder a las necesidades y aspiraciones de la ciudadanía. Es presencia, pero también vínculo; es atención, pero también reconocimiento.

Esta apuesta dialoga con la pregunta de Touraine —¿podremos vivir juntos?—, que interpela a las instituciones a reconstruir comunidad en contextos de fragmentación (Touraine, 1997). La cercanía es la respuesta práctica: convertir la ciudad en un “espacio entre” donde la política se ejerce como libertad compartida (Arendt, 2003). En esa clave, Pierre Rosanvallon señala que la democracia contemporánea requiere legitimidades complementarias: no basta la representación electoral; hacen falta reconocimiento, visibilidad y reciprocidad (Rosanvallon, 2011).

Joan Subirats (2002) subrayaba que gobernar desde la proximidad fomentaba relaciones cara a cara con la población. Esta forma de gobernar permite comprender mejor los problemas públicos y generar respuestas más legítimas, pertinentes y contextualizadas. La cercanía, por tanto, no es solo una estrategia operativa: es una ética del servicio público que orienta la acción institucional desde la empatía, la accesibilidad y el compromiso con el bien común.

Una ética del servicio público. Siguiendo a Avishai Margalit, una sociedad decente es aquella cuyas instituciones no humillan (Margalit, 1997). Eso obliga a eliminar trámites opacos, a hablar con lenguaje claro y a tratar a cada persona con dignidad. La prudencia clásica lo recordaba: *sin precisión en las palabras, se desvían las obras* (Confucio). En Tlajo, la cercanía se traduce en reglas comprensibles y en una experiencia administrativa que cuida a quien acude al gobierno.

La cercanía reorganiza también la decisión pública. Como advierte Joan Font, *la participación deviene frustración si no modifica resultados* (Font, 2003). Por eso Tlajo Cercano avanza hacia la corresponsabilidad: la comunidad prioriza y co-ejecuta; el gobierno financia, coordina y rinde cuentas. Se abren mesas vecinales por colonia y por tema; se reconocen representaciones comunitarias; y la planeación se alinea a agendas de barrio. Para gestionar el desacuerdo sin romper el tejido, se asume una lógica agonista (Mouffe, 2014): el conflicto se civiliza en procedimientos claros y reglas compartidas. En términos de capital

social, la regla es simple: redes de cercanía fuertes más procedimientos estables es igual a cercanía sostenible.

Se contemplan salvaguardas: despersonalizar el poder con procesos estandarizados y responsabilidades rotativas; evitar la participación simbólica asegurando que toda escucha concluya en decisión con cronograma y responsable; prevenir la saturación mediante células dimensionadas por carga real y una puerta única de atención en territorio.

El resultado buscado es concreto: colonias mejor atendidas, espacios públicos vivos y cuidados colectivamente, más confianza entre vecinos y gobierno y menos desigualdad en el acceso a bienes públicos. En suma, Tlajo Cercano convierte la proximidad en reglas, tiempos y datos, y la corresponsabilidad en hábitos comunitarios que permanecen. Como recordatorio normativo: estar cerca no es un acto; es la manera en que gobernamos y nos evaluamos.

El municipio: espacio privilegiado para la cercanía

El municipio no es únicamente una unidad administrativa; es el escenario más inmediato donde se expresa la política en su dimensión cotidiana. Allí se gestiona lo común en su forma más tangible: el alumbrado de la calle, el mantenimiento del parque, la recolección de residuos, el control del tránsito, la seguridad vecinal. Esta proximidad convierte al municipio en un terreno fértil para ensayar nuevas formas de relación entre el Estado y la ciudadanía.

Como afirma Daniel Innerarity (2020), *“la política del futuro será una política de lo próximo o no será”*. En un mundo globalizado que tiende a generar distancias —sociales, económicas, culturales—, los gobiernos locales tienen la oportunidad de reconstruir vínculos, tejer redes de confianza y recuperar el valor de la escucha y la reciprocidad. En este marco, la cercanía se vuelve una ventaja competitiva en términos de legitimidad democrática y eficacia institucional.

Dimensiones de la cercanía en los gobiernos municipales

Para convertir la cercanía en una práctica concreta y no en una consigna vacía, es necesario operativizarla en dimensiones clave que guíen la acción municipal:

- **Presencia territorial:** El gobierno debe salir de la oficina y caminar el territorio. La presencia en barrios, colonias y comunidades no solo permite identificar problemáticas de primera mano, sino que también rompe la distancia simbólica entre la institución y las personas. Esta visibilidad activa genera confianza y reconocimiento.
- **Lenguaje y comunicación accesible:** La forma en que se comunica un gobierno habla tanto como sus políticas. Usar un lenguaje claro, directo y no tecnocrático es una condición esencial

para promover relaciones horizontales. Según Canel & Sanders (2012), una comunicación empática y bidireccional favorece la apropiación ciudadana de las decisiones públicas.

- **Participación ciudadana efectiva:** La cercanía no se agota en escuchar; implica abrir espacios reales de deliberación, donde la ciudadanía pueda incidir en las decisiones. Para Font (2003), la participación efectiva requiere reglas claras, mecanismos inclusivos y una voluntad institucional de trasladar las voces ciudadanas al centro del proceso político.
- **Empatía institucional:** Los servidores públicos son el rostro cotidiano del Estado. Actuar con empatía, dignidad y respeto por las trayectorias personales de cada usuaria o usuario fortalece el vínculo emocional entre ciudadanía y gobierno. Dubet (2005) propone una lógica de servicio que no homogeniza, sino que reconoce la pluralidad de experiencias como fuente de legitimidad.

Cercanía, legitimidad y nuevas formas de representación

La cercanía no solo mejora la gestión pública, también contribuye a reconfigurar los fundamentos de la legitimidad democrática. En contextos marcados por la desafección política, la crisis de representación y el desencanto con las instituciones, la proximidad se convierte en una herramienta poderosa para reconstruir la confianza ciudadana.

Rosanvallón (2011) advierte que la democracia contemporánea no puede sostenerse únicamente en la representación electoral. Necesita nutrirse de formas de reconocimiento, visibilidad y reciprocidad que acerquen el poder a la gente. En este sentido, la cercanía no es un atajo populista ni un gesto simbólico: es una nueva gramática del poder público, capaz de generar legitimidad a partir del vínculo directo, la corresponsabilidad y la co-construcción.

La cercanía permite repensar el rol de la ciudadanía, no como masa pasiva, sino como sujeto político activo. Desde esta perspectiva, gobernar con cercanía implica abrirse a la inteligencia colectiva del territorio, valorar el saber popular y construir políticas públicas que nazcan desde abajo.

Retos de la cercanía

Aunque la cercanía fortalece la legitimidad democrática y mejora la gestión pública, su implementación plantea retos complejos que deben enfrentarse con visión estratégica y sostenibilidad institucional:

- **Evitar la personalización del poder:** Uno de los mayores desafíos es garantizar que la atención ciudadana no dependa de vínculos personales o afinidades políticas, sino de normas claras, procesos institucionales y trato equitativo para todas las personas.

- **Gestionar la saturación institucional:** A mayor cercanía, mayores expectativas. Los gobiernos municipales deben desarrollar capacidades técnicas, recursos humanos y estructura organizativa para responder de forma oportuna a la creciente demanda social sin colapsar operativamente.
- **Transformar la participación en acción real:** La escucha ciudadana debe traducirse en decisiones concretas. De lo contrario, se corre el riesgo de caer en la participación simbólica, que desgasta la confianza pública. El reto es diseñar mecanismos que hagan vinculante la voz de la comunidad.

La cercanía no es un complemento decorativo del gobierno municipal: es su eje vertebrador. No se trata de estar “más cerca” en términos abstractos, sino de gobernar con el cuerpo en el territorio, el oído en las comunidades y la mente abierta al diálogo. En un tiempo marcado por la desconfianza y la fragmentación, los municipios tienen la posibilidad —y la responsabilidad— de demostrar que otra forma de hacer política es posible.

La política de lo próximo es una política con piel, con calle, con nombres propios. Una política que escucha, reconoce y transforma. Esa es la potencia de la cercanía: no solo como método de gobierno, sino como horizonte democrático.

Tlajo y la institucionalización de la cercanía: del discurso a la política pública

Tlajo ha sido, desde hace más de una década, un laboratorio de innovación democrática. Lo que comenzó como una apuesta audaz por abrir las puertas del gobierno a la ciudadanía, hoy es una política pública consolidada: la cercanía como principio rector de la gestión municipal.

El punto de partida fue el Presupuesto Participativo, implementado por primera vez entre 2010 y 2012. Esta herramienta permitió que la población decidiera directamente en qué obras invertir parte del presupuesto municipal. No solo se trató de asignar recursos: se trató de reconocer la voz ciudadana como criterio legítimo de decisión pública. A este paso le siguió otro igual de disruptivo: la Ratificación de Mandato de 2011, un ejercicio inédito en el país donde los propios habitantes evaluaron si el alcalde debía continuar en funciones. Fue un mensaje claro: en Tlajo, la legitimidad no se presume, se construye cara a cara con la gente.

La participación siguió ampliándose con la creación de Consejos Ciudadanos sectoriales y territoriales, espacios de diálogo donde vecinas y vecinos deliberaban y acompañaban la toma de decisiones. Luego vinieron procesos como la Consulta de Agentes y Delegados Municipales, que formalizó figuras de representación barrial con origen comunitario, reforzando el vínculo entre gobierno y territorio.

Con el tiempo, la participación dejó de ser solo un mecanismo y se volvió una cultura institucional. Programas como Corresponsabilidad Social y Cultura de Paz pusieron en el centro no solo la opinión de la ciudadanía, sino también su protagonismo en la construcción del bienestar colectivo. Tlajo entendió que escuchar no es suficiente: había que trabajar junto a la comunidad, compartir responsabilidades, transformar desde abajo.

Esta evolución alcanzó una nueva etapa con la Política de Cercanía, hoy formalmente integrada en el Reglamento Municipal. Ya no se trata solo de atender peticiones o organizar consultas, sino de mantener una presencia activa y constante del gobierno en el territorio, con servidores públicos que escuchan, dialogan y resuelven directamente en las colonias. La cercanía se convirtió en una forma de gobernar, no como gesto simbólico, sino como compromiso institucionalizado.

Hoy, Tlajo es reconocido como un municipio donde la ciudadanía ha tenido siempre las puertas abiertas a su gobierno. No por cortesía, sino por convicción. No como un favor, sino como un derecho. Esa constancia —de la participación directa al diseño compartido de políticas públicas— demuestra que un gobierno local puede ser mucho más que una oficina administrativa: puede ser una red viva de confianza, escucha y acción compartida.

Este modelo no es perfecto ni está acabado. Pero Tlajo ha demostrado que es posible pasar del discurso a la práctica, y de la práctica a la norma. En tiempos de desafección política, ese recorrido es más que valioso: es necesario.





Conclusión

La experiencia de Tlajo demuestra que la corresponsabilidad con cercanía puede convertirse en el núcleo de un modelo de gobierno local. Ya no se trata de que el Estado resuelva en soledad todos los problemas, sino de construir soluciones compartidas, con autoridades y vecinos trabajando codo a codo para transformar sus entornos. La participación, antes reducida a consulta simbólica o a acompañamiento decorativo, ha dejado de ser un recurso retórico para convertirse en un ejercicio real de poder comunitario.

Hoy existen historias que lo prueban: ciudadanos que antes se sentían ignorados ahora son protagonistas en la gestión de sus barrios; parques y plazas deterioradas han sido rehabilitados con trabajo conjunto; la confianza, que parecía erosionada, comienza a reconstruirse con cada encuentro cara a cara y con cada solución alcanzada desde la proximidad. Lo que podría haber quedado en discurso se ha vuelto experiencia tangible, una práctica ciudadana cotidiana que fortalece la cohesión social.

En el fondo de este modelo laten principios claros, expresados en frases que funcionan como manifiestos de gobierno, pero que no son meros eslóganes: “con la ciudadanía todo, sin la ciudadanía nada”. Son convicciones políticas que reflejan un compromiso con valores democráticos como la transparencia, la justicia social y la participación activa.

Así, cercanía y corresponsabilidad se articulan como un contrato cotidiano: el gobierno se obliga a estar, escuchar, resolver y rendir cuentas con reglas claras e indicadores; la ciudadanía asume priorizar, participar y cuidar lo común. No se trata de la suma de programas, sino de un modo de gobernar distinto, que convierte la calle en espacio de decisión, el parque en taller de ciudadanía y el dato en compromiso público. Persisten retos —administrar expectativas, despersonalizar la

atención, evitar la participación simbólica—, pero el camino trazado sugiere que la política de lo próximo es viable cuando se vuelven instituciones la presencia, la escucha y la cogestión.

En un tiempo marcado por la desafección política y la distancia entre gobernantes y gobernados, Tlajo ofrece una hipótesis de trabajo para el futuro: vivir juntos es posible si el Estado municipal reconoce la inteligencia del territorio, comparte poder sin humillar y la comunidad convierte la colaboración en hábito. La política de lo cercano no es solo una respuesta municipal: es una alternativa para las democracias fragmentadas del siglo XXI.



Capítulo 2

Del escritorio al territorio





El gobierno que camina: salir a la calle como estrategia de legitimidad y gestión eficaz

En la administración pública contemporánea, la imagen del gobierno recluso en oficinas ha perdido legitimidad frente a una ciudadanía que exige cercanía, presencia y acción directa. Salir a la calle —como metáfora y como práctica— implica transformar el rol del Estado: pasar de una lógica burocrática y reactiva a una postura proactiva, territorializada y empática. No se trata solo de descentralizar físicamente al funcionariado, sino de reconfigurar la forma de gobernar, reconociendo el valor del contacto directo con las comunidades como motor de confianza, eficacia y justicia.

Del escritorio al territorio: una ruptura necesaria

El modelo de administración pública tradicional, heredero del paradigma burocrático weberiano, se sostiene en la racionalidad técnica, la jerarquía y la estandarización de procesos. Este modelo, si bien trajo orden y profesionalismo, también produjo una distancia simbólica y operativa entre el Estado y las personas usuarias. La oficina se convirtió en una muralla invisible que separaba al gobierno de la vida real de las comunidades.

Como señala Joan Subirats (2002), *“una administración excesivamente centrada en sus rutinas y procedimientos tiende a volverse ciega a las realidades que no caben en sus formatos”*. En contraste, la gestión pública territorializada supone reconocer que el conocimiento situado es irremplazable: los problemas sociales son complejos y contextuales, y solo pueden comprenderse plenamente desde el terreno.

La calle como fuente de información legítima

Salir al territorio permite al gobierno recuperar la escucha activa como herramienta de diagnóstico. Las necesidades no siempre se expresan mediante trámites o solicitudes formales. Muchas veces, las demandas ciudadanas se manifiestan en gestos, narrativas, prácticas cotidianas y conflictos locales que solo se perciben cuando se está presente en el lugar.

Pierre Rosanvallon (2011) afirma que la democracia contemporánea requiere formas de proximidad que generen reconocimiento y confianza, no solo representación electoral. En este sentido, la calle no es solo un espacio físico, sino un espacio político donde se produce el vínculo entre el Estado y la ciudadanía. La administración que camina el territorio puede leer mejor las prioridades, ajustar sus políticas en tiempo real y actuar con sensibilidad ante la diversidad social.

Ventajas administrativas de la presencia territorial

Además de su valor simbólico y político, la territorialización de la gestión pública genera beneficios tangibles como lo son: **1) diagnóstico contextualizado:** las decisiones se basan en observación directa, datos cualitativos y contacto ciudadano, lo cual complementa la información estadística y fortalece la pertinencia de las intervenciones. **2) Respuesta más rápida y adaptada:** estar en el lugar permite resolver problemas con mayor agilidad y creatividad, especialmente en contextos de alta vulnerabilidad donde los canales formales son ineficientes. **3) Prevención de conflictos:** el contacto constante permite identificar tensiones sociales antes de que escalen y facilita la mediación desde la confianza y el conocimiento mutuo. **4) Legitimidad y transparencia:** cuando el gobierno se muestra en el territorio, se vuelve más visible y evaluable, lo que contribuye a fortalecer la percepción de honestidad y compromiso.

Del gesto a la política pública: institucionalizar la presencia

Para que la cercanía territorial no dependa exclusivamente de liderazgos carismáticos o acciones puntuales, debe convertirse en una política pública estructurada, con recursos, metodologías y personal capacitado. Esto implica: **1) establecer equipos de atención territorial permanente** (trabajo en campo, servidores públicos itinerantes). **2) Diseñar agendas de recorridos y visitas sistemáticas, no solo reactivas.** **3) Integrar la presencia territorial en los planes operativos anuales y sistemas de evaluación institucional.** **4) Establecer protocolos de atención en territorio con enfoque interseccional, respetuoso y eficiente.** Como explica Aguilar Villanueva (2016), gobernar no es solo decidir, sino ejecutar con eficacia y sensibilidad, lo cual exige habilidades técnicas, pero también actitud de servicio y compromiso con el entorno social.

Ante estos conceptos se puede decir que el municipio de Tlajo ha avanzado en esta línea mediante su política de cercanía institucionalizada, que integra la presencia física de servidores públicos en barrios, colonias y comunidades como parte de su modelo de gobernanza. Las jornadas territoriales y los equipos de Agentes sociales, permiten que el gobierno esté donde la gente está, y no solo donde se ubican sus oficinas. Esta estrategia, inscrita en el reglamento municipal, convierte la presencia en territorio no en una excepción, sino en una rutina de gestión pública.

Salir a la calle no es una pose populista ni una estrategia de marketing político. Es una decisión de gestión pública con profundas implicaciones administrativas, sociales y éticas. En tiempos de desconfianza institucional

y fragmentación social, gobernar desde el territorio es una forma de reconstruir la relación entre el Estado y las personas, desde la escucha, la empatía y la acción conjunta.

Un gobierno que se acerca, escucha y actúa en el lugar de los hechos es un gobierno más legítimo, más humano y más eficaz.

Tlajo desde el territorio: gobernar con la gente, no para la gente

Tlajo ha pasado por un periodo de transición de la representación a la participación, a la corresponsabilidad y ahora a la cercanía. La Cercanía en Tlajo nace como una estrategia para acercar el gobierno municipal a la vida cotidiana de las colonias y construir una relación más directa y confiable con la ciudadanía. Su propósito es claro: que las personas perciban a la autoridad como un aliado cercano, dispuesto a escuchar y resolver de manera inmediata las necesidades de su comunidad. Para ello, se plantea un modelo de corresponsabilidad, en el que el gobierno aporta recursos y organización, mientras que las y los vecinos participan activamente en el cuidado y mantenimiento de su entorno.

Las acciones que integran este programa son diversas pero comparten un mismo espíritu: recuperar y dignificar los espacios públicos como parques, plazas o unidades deportivas; organizar brigadas comunitarias que atienden reportes ciudadanos en campo; impulsar la seguridad de proximidad, donde la policía trabaja hombro a hombro con la población; y poner en marcha programas sociales como apoyos a cuidadores, empleo temporal o servicios de salud gratuitos, bajo el sello de estar “siempre cerca” de quienes más lo necesitan (El Informador, 2024; Gobierno de Tlajo, 2025).

El impacto ya es visible: en los primeros meses de su implementación se han rehabilitado cientos de espacios públicos, se han reducido los tiempos de atención a reportes vecinales y se ha involucrado a cientos de ciudadanos como voluntarios en las jornadas de limpieza y mejora. Todo esto refuerza la idea de que la cercanía no es solo un lema político, sino una práctica cotidiana de gobierno abierto, sensible y colaborativo, que busca mejorar la calidad de vida y fortalecer el tejido social en Tlajo.

En suma, la estrategia de Cercanía en Tlajo representa un esfuerzo por transformar la manera en que el gobierno municipal se relaciona con la ciudadanía. Más que una serie de intervenciones aisladas, se trata de una estrategia integral que combina infraestructura, servicios, participación y apoyo social para acercar al gobierno a la vida diaria de las personas. Sus resultados iniciales muestran que cuando vecinos y autoridades trabajan juntos bajo un esquema de corresponsabilidad, es posible mejorar los espacios, fortalecer el tejido comunitario y construir una relación más cercana y de confianza entre sociedad y gobierno.

Historias que se tejen en el territorio

Más allá de las cifras y los informes, el verdadero pulso de un gobierno cercano se siente en las historias de su gente. Estas páginas son una ventana a la vida cotidiana de Tlajo, donde el “territorio como método” se materializa en encuentros directos, libretas manchadas de polvo y acuerdos forjados cara a cara, de sol a luna. Aquí, la cercanía no es un concepto abstracto, sino la labor diaria de agentes de vinculación, corresponsabilidad, del programa Siempre Hay Chamba, entre otros cuyas voces y experiencias dan vida a este modelo.

A través de estas crónicas auténticas, se puede descubrir cómo la escucha activa se transforma en soluciones tangibles y cómo el compromiso compartido reconstruye la confianza. Cada relato es una prueba palpable de que estar, escuchar, resolver y dar seguimiento no es solo una promesa, sino el método que convierte la queja en compromiso y la distancia en un vínculo sólido entre el gobierno y su comunidad.





Donde hubo un puente, hoy hay una mesa

Durante mucho tiempo, la política se acostumbró a escuchar, pero no necesariamente a resolver. Se tendían puentes entre el gobierno y la ciudadanía, pero un puente, por definición, todavía supone una distancia. El nuevo modelo de Tlajomulco no busca tender puentes; busca sentarnos en una mesa común donde la ciudadanía y el gobierno toman decisiones juntos.

Para Patricia Sandoval Martínez, Coordinadora General de Cercanía y Corresponsabilidad Social, esta es la diferencia ética, práctica y política fundamental. *“Lo más importante para nuestro presidente, Gerardo Quirino, es que la cercanía se traduzca en resultados concretos”*, explica.

Pero esa cercanía no puede funcionar sola. Necesita un concepto gemelo: la corresponsabilidad.

“Hemos visto que cuando el gobierno actúa solo, muchas acciones no prosperan”, reflexiona Sandoval. El ejemplo es claro y se repite en las colonias: se instalan luminarias nuevas, pero si no existe un pacto de corresponsabilidad con los vecinos, los cables son robados en la noche y el esfuerzo se pierde. El bienestar de la calle debe ser un trabajo en equipo.

Ese trabajo lo encabeza el propio Presidente, siete días a la semana. En la calle, inaugurando obras, entregando programas, escuchando y, sobre todo, resolviendo necesidades en el momento.

Esta filosofía ha implicado desestructurar los viejos protocolos, que a menudo funcionaban como barreras. *“El Presidente nos ha pedido que quienes estén al frente sean siempre los ciudadanos”*, comenta Patricia. En Tlajomulco, los listones de las inauguraciones ya no los cortan los

funcionarios, los cortan los vecinos. *“Él insiste en recordarnos que somos sus representantes, sus servidores públicos, y que los recursos son de la gente. Por eso deben ser ellos quienes encabezen estos actos”.*

La máquina de la cercanía

Para que esta visión no se quedara solo en el discurso, se tuvo que diseñar una nueva arquitectura administrativa. La Coordinación que encabeza Patricia Sandoval es una de las más grandes del gobierno; es, en esencia, la “coordinación de la agenda social”.

Esta nueva estructura articula lo que antes estaba disperso. Por un lado, la política social: educación, derechos humanos, cultura y los grandes programas sociales, incluyendo el DIF, al que el Presidente llama *“el corazón del gobierno”*.

Por otro lado, la atención social, enfocada en los grupos más vulnerables. Aquí entran los Centros Comunitarios —la red de “bases”—, espacios instalados estratégicamente en las zonas con mayores niveles de desigualdad y violencia, acercando servicios a donde más se necesitan.

Finalmente, está el eje territorial: el que lleva al gobierno a la calle. Esta gran operación en terreno se articula a través de la Dirección de Desarrollo y Cercanía. Esta dirección funciona como el centro de comando para todos los equipos en contacto directo con la gente, pues concentra a las direcciones de Cercanía, Vinculación, Corresponsabilidad, Enlace Zona Valle y Agencias y Delegaciones. Y, de manera fundamental, también integra a la Dirección de Participación Social, que representa la parte más metódica y de planeación de toda la estructura, articulando el “cómo” se implementan las estrategias en el territorio.

“Esta arquitectura, propuesta por el Presidente”, señala Sandoval, *“permite que en una misma Coordinación se articulen los programas sociales, las acciones educativas y las demás dependencias en el territorio. Así garantizamos que todo llegue con mayor certeza a las personas”.*

El círculo virtuoso: “Siempre hay Chamba”

La oficina de esta coordinación es, en la práctica, la calle. Un ejemplo perfecto de cómo funciona este engranaje es el programa “Siempre hay Chamba”, un esquema de economía solidaria que Patricia describe como un “círculo virtuoso”.

Todo comienza con un espacio público que ha perdido su brillo: un parque invadido por la maleza, un camellón gris. Allí, se reúnen los vecinos —muchas de ellas mujeres, personas adultas mayores o con discapacidad, gente que busca una oportunidad de ingreso— para trabajar junto al gobierno. Durante cinco horas, el trabajo comunitario transforma el lugar.

Pero la acción va más allá de la limpieza. Al concluir la jornada, cada participante recibe un “trabajovale” de \$600 pesos. Ese vale no es solo un pago; es el eslabón final de un ciclo. Con él, la persona va a la tienda de abarrotes de la esquina, a la carnicería del barrio, comercios locales que están registrados en el programa. El dinero circula y se queda en la colonia, fortaleciendo la economía desde adentro.

“Hoy tuvimos una macrobrigada con 200 brigadistas”, cuenta Patricia. “Así, no solo se recuperan espacios públicos, también se generan oportunidades de ingreso y cohesión comunitaria. Es el orgullo de contribuir a su propia comunidad”.



De la incredulidad a la confianza

Al principio, la gente no cree. “Recuerdo que en octubre comenzamos actividades en varias zonas y la incredulidad era evidente”, narra Sandoval. “Nadie se mete a Los Silos’, nos decían”. En el Centro Comunitario de San Agustín, los vecinos se sorprendían: “Nunca un presidente había estado aquí”. Nueve meses después, esa incredulidad se transformó en confianza.

Un caso notable son los “Lunes de honores a la bandera”. El Presidente asiste con todo el gabinete a una escuela. “Lo que antes era difícil — encontrar escuelas dispuestas— ahora es una demanda”, sonríe Patricia. “Las comunidades educativas saben que las visitas no son solo para la foto, sino que se traducen en soluciones inmediatas”. Esa es la meta. Que la cercanía no sea solo un eslogan, sino un indicador medible.



“¿Qué me gustaría escuchar dentro de cinco años?”, se pregunta Sandoval al cerrar. “Me gustaría que la gente diga lo mismo que hoy escuchamos en la calle: que el presidente estuvo siempre con la gente, que escuchó y que atendió con dignidad. Que nuestro gobierno se reconozca por haber llegado a esos fraccionamientos y comunidades que estuvieron olvidados mucho tiempo”.



De la queja al compromiso: la legitimidad de la cercanía en Tlajo

La cercanía en Tlajo no es una consigna política, sino un oficio que se ejerce al ras del suelo. Para la Dirección de Cercanía Social, capitaneada por Luis Antonio Sánchez Guzmán, la legitimidad del gobierno se construye paso a paso, allí donde la frustración ciudadana exige una respuesta.

La escena se repite cada mañana, especialmente en fraccionamientos masivos como Hacienda Santa Fe, ubicado en la Zona Valle y supervisado por la directora Yolanda Hernández. La agente de Cercanía se detiene, el sol aún es un rumor, y el primer timbre anuncia el inicio de la jornada. Ella no se limita a escuchar el reporte; lo documenta. Con la formalidad que exige el cargo, se presenta, anota el folio y, con su teléfono, fija la imagen del bache persistente. Su valor no reside en la promesa vacía, sino en el compromiso medible: acuerda un plazo, canaliza al área responsable y fija una visita de verificación. El discurso se convierte en bitácora: no basta con decir “sí”, hay que responder “así se va a resolver y este es el plazo”.

La agente avanza, y la colonia se revela como un mapa vivo de necesidades. Un señor mayor se acerca con una carpeta de recibos en mano; en el parque, tres niñas le señalan el columpio roto. La agente es el primer frente de escucha, transformando la queja vecinal en una tarea concreta para la administración. En su teléfono, un tablero improvisado registra el pulso de la comunidad: pendientes urgentes, canalizaciones a Servicios Públicos y cierres de casos que garantizan el seguimiento.

El Primer Vínculo: Desactivar la Molestia con la Empatía

El oficio de Cercanía exige una habilidad fundamental: la escucha activa. Noemí Montoya, agente de Cercanía, explica que su primera tarea es neutralizar la “súper molestia” del ciudadano, que a menudo se siente abandonado por el gobierno.

“Llegas tú y le empiezas a decir: ‘Mi nombre es Noemí, mira, yo vengo de la Dirección de Cercanía Social. Estoy a tus órdenes, vengo a atender tus necesidades. Me gustaría mucho que me platicaras qué es lo que sucede en tu comunidad’”.

Este acto de empatía directa es el motor del cambio. El ciudadano se desahoga y, al recibir una hoja de ruta—un “voy a preguntar a la dirección cómo va el tema del agua”—, su frustración se transforma en paciencia. Se queda con una sensación esencial: “Ya me atendieron. Ya me dieron una solución, o al menos me escucharon”. El agente se convierte en el eslabón que el presidente ha enviado, un vínculo directo entre la necesidad y la solución.

La Fórmula de la Confianza: De la Incredulidad a la Cercanía

El mayor reto es que la gente vuelva a creer. Luis Antonio Sánchez Guzmán afirma que su modelo busca precisamente eso: que la ciudadanía recupere la confianza perdida. Un caso narrado por Noemí ilustra esta hazaña.

En Colinas del Desarrollo, el Sr. Carlos Camarena y sus vecinos llevaban 12 años gestionando la construcción de unos planteles educativos. Cuando Noemí llegó, el escepticismo era palpable: *“Nunca nos han apoyado, nunca nos han querido atender”.*

Noemí no hizo una promesa, sino una gestión transparente. Le pidió la documentación y la canalizó directamente con el enlace de Educación. Le dijo al Sr. Camarena: *“Yo no vengo a hacer nada extraordinario, porque eso ya lo hicieron ustedes. Yo nada más vengo a darle seguimiento”.* La gestión se reactivó y los planteles hoy son una realidad inminente, beneficiando a varias comunidades saturadas.

Pero el éxito del modelo reside en el engranaje institucional. El Director Sánchez Guzmán enfatiza la corresponsabilidad:

“Si entendemos que entre gobierno y ciudadanía puede haber esa fórmula para resolver temas, creo que ahí va a ser la clave.”

La cercanía, por sí misma, no resuelve el bache. Su función es crear tejido social y enseñar a trabajar. Si piden bacheo, el agente enlaza con la Dirección de Vinculación. Si solicitan intervención en un parque, se canaliza a Corresponsabilidad. Así, el ciudadano entiende que la solución requiere organización interna y participación externa.

El resultado final de esta labor se mide en gestos cotidianos. Como señala Noemí: cuando un ciudadano te invita un vaso de agua a mitad de la jornada, es la prueba de que la confianza ya está ganada. El objetivo de Cercanía, según su Director, es que al final de esta administración, la gente no solo recuerde las obras, sino que diga: "Nos enseñaron a trabajar de la mano del gobierno". Se trata de un legado de empoderamiento, donde la calle es el aula y la solución, la recompensa.





Un lunes en Tlajo: la gente del vínculo

La Dirección de Vinculación no nació de un capricho. Nació de una promesa del presidente municipal, Gerardo Quirino: basta de escritorios, el gobierno debe estar en la calle. Se terminó el modelo de oficina con una sola persona; un cuello de botella donde los reportes morían de vejez. Quirino entendió que la cercanía no se firma, se camina.

Así se creó Vinculación, un pistón del motor del Modelo de Cercanía y Corresponsabilidad. Su tarea es simple y brutalmente compleja: ser el eslabón humano que une la queja de la gente con la solución del gobierno. Ellos son la garantía de que un problema no se evaporará en la burocracia.

Montse: La Visión de la Credibilidad

Montse Andrade, Directora de Vinculación, es quien sostiene la visión estratégica. Ella, con sus doce años de servicio público, sabe que la principal batalla no es contra un bache, sino contra la desconfianza histórica.

“Nuestro gran reto,” explica Montse, “es que la gente entienda que somos diferentes. Antes era una persona, y el reporte se perdía. Ahora somos un equipo de 35 que tiene que manejar el mismo discurso: que somos el vínculo, que no somos el área ejecutora, pero que garantizamos el seguimiento de inicio a fin.”

Ella es la responsable de la cultura de la credibilidad. Montse se asegura de que su equipo no solo sea reactivo, sino que mantenga una presencia constante en el territorio, convirtiendo la frustración del ciudadano en un punto claro de la agenda gubernamental. Para

Montse, el modelo de Quirino se valida cada vez que su equipo regresa a una colonia y la gente aún confía en ellos.

Alma y la Línea de Emergencia

Mientras Montse administra la visión, Alma Arreola, Directora Operativa, gestiona la urgencia. Alma es la central de crisis.

“Hola, mi nombre es Alma. Sí, cuénteme.”

Alma sabe que muchos ciudadanos aún no confían. Es su trabajo reconstruir esa fe. Cuando le cuentan que una calle lleva días sin luz, ella no solo apunta; ella verifica. Ella no promete magia; promete presencia constante.

“Nosotros somos el vínculo, señora. Su reporte ya está con Alumbrado Público, pero yo lo voy a marcar en mi agenda para llamarle en 48 horas y confirmar el avance.”

Esa llamada de seguimiento es la esencia de la corresponsabilidad: el ciudadano confía, y el gobierno (encarnado en Alma) responde por el resultado.

Marisela y el Arte de la Escucha Activa

Mientras Alma administra la crisis desde la oficina, Marisela, Agente de Cabecera, está donde debe estar: en la colonia. El presidente municipal lo decidió así: el personal debe ser de tiempo completo en el territorio para que el conocimiento de la zona sea orgánico, no teórico.

Marisela se sabe de memoria las grietas, los árboles que necesitan poda y los consejos vecinales. Cuando camina por un fraccionamiento, la gente se acerca. No le entregan un papel; le entregan una historia de hartazgo.

Un vecino se acerca a Marisela para reportarle que el camión lleva tiempo sin pasar, y la basura acumulada está atrayendo fauna nociva. Marisela no dice: *“levante su reporte en línea.”* Ella dice: *“Lo llevo conmigo.”*

La misión de Marisela es convertir esa preocupación sanitaria en una prioridad clara para su director.

Jorge y la Batalla por la Prioridad

Jorge Rodríguez, Director de Zona, es el estratega que lleva los reportes de Marisela y Alma a la acción.

Jorge sabe que Servicios Públicos tiene baches por tapar. Sabe que Agua Potable tiene fugas que atender. Pero su trabajo es luchar por el reporte de su gente.



“Director, la gente de Cimas del Sol nos pide apoyo. No podemos esperar la agenda. Necesitamos el material. La Vinculación lo ejecuta.”

Aquí, el modelo de corresponsabilidad alcanza su punto más alto: cuando las áreas tradicionales se ven lentas, Vinculación no se queda de brazos cruzados. El equipo pide el material y, si es necesario, ellos mismos, con sus propios equipos, accionan. Reparten agua, tapan baches emergentes o ayudan con descacharrizaciones.

Esta capacidad de accionar es la mayor diferencia con el pasado. No solo son gestores; son un equipo de respaldo operativo que está dispuesto a poner el hombro.

El Modelo de Cercanía y Corresponsabilidad impulsado por Gerardo Quirino es precisamente eso: romper la distancia. Y mientras Montse asegura la visión, Alma atiende el teléfono, Marisela camina la colonia y Jorge lucha por la acción, la Dirección de Vinculación cumple su promesa: que la voz de Tlajo no se pierda jamás en el silencio de un archivo.



El Tejedor del Bosque

Desde su oficina, Jorge Humberto Becerra Madera no solo ve un organigrama o un mapa de Tlajo. Como Jefe de Gabinete, su trabajo es ver el “bosque completo”, un ecosistema vivo de calles, personas y necesidades donde cada árbol y cada rama están interconectados. Su oficina es el telar donde los hilos dispares de cada coordinación y dirección del gobierno se tejen para formar una sola política pública: la cercanía.

Esta visión comienza con una idea radical que él se encarga de orquestar: cada funcionario en la calle es la encarnación del presidente. Cuando un trabajador de parques y jardines escucha a una vecina o un inspector atiende un reporte, no lo hacen como empleados anónimos. En ese instante, son el rostro y los oídos del alcalde, y su actuar define la confianza del ciudadano en su gobierno.

Para que esta filosofía no se quede en un mero discurso, la Jefatura de Gabinete supervisa un circuito de acción, un triángulo virtuoso que opera incansablemente en todo el municipio. La historia de una lámpara fundida en la Calle Zaragoza, en plena Cabecera Municipal, lo ilustra a la perfección.

Todo empieza en el primer vértice: la identificación. Un Equipo de Vinculación, en su recorrido a pie, anota la petición de la señora Carmen. El reporte viaja digitalmente y se canaliza al área correspondiente, en este caso, Alumbrado Público. Aquí es donde el modelo demuestra su fortaleza. Si el reporte fluye y se resuelve, el sistema funciona como debe. Pero, ¿qué pasa si se atora? Supongamos que pasan los días y la calle sigue a oscuras, convirtiéndose en una “boca de lobo” que preocupa a los vecinos. El tema pasa de ser rutinario a ser delicado y urgente.

Es en este punto exacto cuando el engranaje de la Jefatura de Gabinete se acciona con toda su fuerza. El equipo de Jorge Becerra no se limita a enviar un correo de seguimiento. Articulan. Su intervención es para destrabar el proceso: una llamada directa prioriza la asignación de una grúa, otra consulta a Almacén asegura que el material esté listo y una notificación a la Comisaría de Seguridad agiliza un patrullaje preventivo en la zona. Mueven las piezas necesarias para que la solución, que estaba estancada, finalmente se concrete. Pero la magia del modelo ocurre en el tercer vértice, el que otros gobiernos olvidan: el cierre. Días después, el mismo funcionario que habló con la señora Carmen regresa. *“Doña Carmen, buenas tardes. De parte del presidente Gerardo Quirino, le informamos que su lámpara ya quedó reparada”*. En ese gesto, el gobierno deja de ser una entidad abstracta y se convierte en un vecino que cumple su palabra.

Este ciclo se repite con baches, fugas y poda de árboles. Pero, ¿cómo saber si funciona a gran escala? ¿Cómo evitar que el bosque se vuelva inmanejable? Aquí es donde entra la tecnología. Cada semana, en la reunión de gabinete, Jorge proyecta en la pantalla los datos que le entrega el área de Innovación. Son los signos vitales del municipio. *“El bacheo bajó un 15% esta semana en la Zona Valle, ¿qué pasó?”*, pregunta. El dato obliga a investigar y se convierte en acción.

La verdadera prueba del modelo no llega en un reporte semanal, sino sin aviso, cuando el cielo se desploma sobre Tlajó. En el chat de emergencias, el bosque ruge. *“Se está desbordando el canal en San Sebastián”*, alerta el director de Protección Civil a las 2 de la mañana. La Jefatura, siempre despierta, se convierte en el centro de mando. No da órdenes, sino que teje respuestas. Mientras Protección Civil evacúa, Innovación proyecta los modelos de lluvia, Obras Públicas moviliza maquinaria pesada y DIF prepara los albergues. Cada uno sabe qué hacer porque la articulación ya ha sido practicada cien veces en la calma.

Y si bien la Jefatura demuestra su valor en la gran crisis, su pericia también reside en lo minúsculo, en evitar, como dice Jorge, *“que por un clavo se pierda la guerra”*. Una calle permanece a oscuras no por falta de lámparas, sino porque la solicitud de compra está atorada en un escritorio por una firma. Su labor es encontrar ese clavo antes de que se pierda la guerra de la confianza ciudadana, sensibilizando a cada funcionario de que su pequeña tarea es vital para el gran ecosistema.

Al final, todo este esfuerzo de articulación tiene un solo propósito: construir la confianza necesaria para alcanzar la corresponsabilidad. Y esta se materializa en la historia del profesor José y el pozo de agua que le ofreció a su pueblo San Miguel Cuyutlán.

Cuando el pozo falló, el gobierno no llegó con imposiciones, sino con un compromiso. Jorge ha ido personalmente, le ha explicado los retrasos y le ha mostrado los avances. No hay una relación de poder, sino de socios, de corresponsabilidad. El profesor confía en su gobierno, y el gobierno honra la generosidad de su ciudadano.

Así, desde la Jefatura de Gabinete, se cuida el bosque completo. No podando un árbol a la vez, sino asegurándose de que las raíces de todas las áreas estén nutridas, que el sol de una visión compartida llegue a todos y que el agua de la comunicación fluya sin parar. En Tlajo, se han dado cuenta de que un gobierno cercano no es el que hace más cosas, sino el que mejor se organiza para escuchar y responder a la gente.







DIF Tlajo: El Corazón de la Cercanía

Para Bianca Sunderman Arriero, Tlajo no es un mapa de colonias ni una lista de responsabilidades; es el patio de su infancia, el lugar donde cursó sus estudios y el pueblo donde conoció a Gerardo Quirino. Es su hogar. Juntos, han recorrido sus calles no solo en campaña, sino como parte de una vida compartida, reconociendo rostros, saludando a vecinos y entendiendo el tejido profundo de la comunidad. Su historia no es la de dos políticos que llegaron al poder, sino la de una familia cuya vocación siempre ha sido ayudar a los demás, empezando por la gente de al lado.

Esta raíz comunitaria es la que da sentido a todo. Trabajar en el DIF, para Bianca, es una extensión natural de esa vida: es colaborar con personas que fueron sus compañeras en la escuela, es construir proyectos con los vecinos que la vieron crecer. Es, en esencia, seguir cuidando de su casa.

La semilla de la transformación más grande de su gestión germinó en una de esas caminatas, bajo el sol de Los Cántaros. En plena campaña, una y otra vez, la gente les repetía la misma súplica, una que no hablaba de grandes obras, sino de una necesidad primaria, casi existencial: *“Necesitamos servicios médicos”*. Una mujer se les acercó, con la angustia pintada en el rostro, y les dijo algo que se les clavó en la memoria: no sabían ni a dónde correr si a uno de sus hijos le picaba un alacrán en mitad de la noche.

Esa noche, al volver a casa, esa conversación resonaba entre Bianca y Quirino. No fue una junta de estrategia, fue una charla entre dos personas que sentían el peso de esa preocupación como propia. Y ahí soñaron juntos en lo que se convertiría en *“Salud Cerca de Ti”*. Soñaron con mejorar las unidades médicas existentes y construir una nueva en Chulavista, para que ninguna madre volviera a sentir ese desamparo. Hoy, ese sueño se está cumpliendo.

Pero para que el sueño se hiciera realidad, primero había que despertar al corazón de Tlajo: el propio DIF. Al llegar, Bianca se encontró con una institución que latía con desgana. Se topó con un personal

desmotivado y una cultura donde la frase más común era “no se puede”. Comprendió que la cercanía no podía nacer de un lugar fracturado. Su primera misión fue transformar el DIF en un centro verdaderamente integral, un lugar donde cualquier ciudadano pudiera encontrar no solo un apoyo, sino una solución completa: un plato de comida caliente en el comedor, una consulta médica, un abrazo en forma de terapia psicológica o un refugio ante la violencia.

El cambio fue profundo. Se renovaron los espacios, pero, sobre todo, se renovó el espíritu. La nueva directriz fue buscar incansablemente el “cómo sí” ayudar. Y para que esa ayuda no se quedara entre cuatro paredes, se creó la “Ruta por Tlajo”, un programa que funciona como las arterias del corazón del DIF, llevando sus servicios a cada rincón del municipio, instalándose en los parques y plazas para que el gobierno, literalmente, llegara hasta la puerta de la gente.

Este corazón renovado demostró su fortaleza en los momentos más difíciles. Cuando las contingencias ambientales golpearon al municipio, el DIF se convirtió en un ancla en la tormenta. Sus comedores se volvieron móviles, llevando alimento y consuelo a las familias en medio de la crisis, demostrando ser un refugio ágil y presente cuando más se le necesitaba.

Esa confianza generó una respuesta extraordinaria de la comunidad. El DIF se convirtió en el depositario de la generosidad de Tlajo. Empezaron a llegar donativos de toda índole: sillas de ruedas, colchones, alimentos. Bianca se encontró administrando la abundancia. Esta ola de solidaridad fortaleció a su voluntariado, un equipo de aliados que trabajan con la certeza de que cada donativo es entregado con transparencia y llega a las manos correctas.

Pero el latido más profundo, el que daba sentido a todos los demás, siempre fue el de las niñas y los niños. La promesa hecha en aquel primer recorrido por las casas hogar se convirtió en una cruzada personal. Los trámites estancados se desatoraron y, a la fecha, 362 niñas y niños han vuelto a sentir el calor de una familia. Y su visión no se detiene ahí. Bianca sabe que no todos pueden volver a casa de inmediato, y por eso piensa que, en un futuro, Tlajo debe tener su propia casa hogar. No un albergue, sino un verdadero hogar; un lugar que no solo dé techo, sino que construya futuros.

Al final, el viaje de Bianca Sunderman ha sido la encarnación literal del título de este capítulo. Su gestión ha consistido en tomar la empatía que nace de una vida entera en el territorio y convertirla en política pública desde el escritorio, para luego volver a las calles y verla florecer. Ha demostrado que el verdadero poder de un gobierno no reside en sus edificios, sino en su capacidad de sentir.

“Me he vuelto más sensible, más humana, más cercana”, reflexiona ella. Y en esa transformación personal reside la clave. Bianca no solo dirige el corazón de Tlajo; ella se ha convertido en parte de su latido, el rostro humano de un gobierno que aprendió a gobernar escuchando, sintiendo y, sobre todo, estando ahí, en casa.



Casa abierta, gobierno abierto

Un presidente que aprendió en la casa materna y paterna que las puertas no se cierran: se atienden. Esta crónica cuenta cómo esa lección íntima se volvió método de gobierno en Tlajo: escuchar, caminar, inaugurar con los vecinos y presupuestar como si fuera el dinero de la casa.

La cadena del portón —de la casa materna y paterna, que se ubica en el mero corazón de Tlajo— nunca cerró sus puertas y de tanto no usarse se oxidó. Desde ese umbral, abierto por convicción de su padre, Quirino Velázquez Buenrostro, quien durante décadas participó en la vida pública del municipio, entraban vecinos con oficios pendientes, quejas en voz baja, papeles arrugados, y salían con un “déjame ver” y un “ya sé dónde podemos resolverlo” que casi siempre significaban seguimiento. Ahí aprendió Gerardo Quirino Velázquez Chávez que el servicio público es, antes que un cargo, una manera de estar: a la intemperie, cara a cara, sin cerrojos.

Raíces

Creer a la orilla de la cabecera, con sembradíos hasta donde daba la vista, es aprender a medir el mundo por olores y texturas: el vapor de la birria de San Miguel en las mañanas de fiesta, el polvo que levanta la herradura, la sombra exacta del ganado a media tarde. Tlajo era entonces municipio rural; hoy despierta como ciudad joven. En ese tránsito —del surco al asfalto, de la ladrillera al parque iluminado— Gerardo mide su propia biografía. Estudió en escuelas públicas por una terquedad pedagógica de su padre: “empápate de la realidad de la mayoría”. Se hizo amigo vendiendo pan, aprendiendo que en su comunidad la convivencia se ganaba trabajando. Aquellas rutinas se volvieron ética.

El padre —opositor persistente, constructor paciente— dejó una herencia que no está en escrituras, sino en hábitos: no cerrar la puerta y no cerrar la conversación. Una sentencia sencilla lo acompaña desde

entonces: *“El día que cierres tu casa, esta chamba dejará de tener sentido”*. La imagen de la cadena enmohecida del portón permanece: no como nostalgia, sino como consigna, admite Gerardo Quirino mientras contesta la entrevista.

Oficio

Primero fue pasante y luego abogado en la Procuraduría Social. Aprendió a escuchar pleitos vecinales, silencios incómodos, urgencias reales camufladas de trámite. Después llegó el mostrador exigente de Padrón y Licencias cuando Enrique Alfaro ganó por primera vez en Tlajo. Ahí el expediente dejó de ser un laberinto y volvió a ser una relación entre personas: un permiso puede convertirse en palanca, un “no” a secas en agravio, un “sí” con acompañamiento en solución.

Vinieron luego regidurías, dos legislaturas, la coordinación de bancada. Cada peldaño se subió con una convicción que le sirve de dique contra la vanidad: los cargos son prestados. Por eso hay que gastarlos en la gente hasta la última gota.

La visión que camina

Llegar a la presidencia municipal no fue un destino, sino un regreso ampliado: volver a la casa abierta, pero a escala de ciudad. *“Siempre Cerca”* no nació como eslogan; primero fue biografía. Cercanía es agenda a pie, conversación sin intermediarios, la nariz prendida al olor de calle. Por eso, al inaugurar una obra, cede las tijeras: cortan el listón las y los vecinos. No es capricho: *“los símbolos verdaderos corrigen la gramática del poder y recuerdan quién es el patrón”*, explica Quirino, que se asume persona de símbolos.

Tlajo tenía un modelo de gobierno heredado de 2010. Para relanzarlo, Quirino apretó cuatro tuercas con una misma idea de fondo: que la cercanía dejara de ser consigna y se volviera visión; que el equipo respirara esa forma de hacer; que la administración encontrara una arquitectura donde esa visión pudiera vivir; y que el presupuesto siguiera el rumbo, no al revés. Se apretó el gasto corriente, se diseñaron multianualidades, se trazó un mapa de rincones olvidados y, como quien colorea un libro, se fueron rellenando pendientes largamente pospuestos: la Alameda después de décadas, la Flaviano Ramos pensada con oído de vecino, dos centros administrativos para acercar el gobierno, Cruz Verde para la salud, nueva Comisaría para la seguridad, calles reconstruidas que devuelven dignidad al trayecto diario.

La ciudad, además, se engancha a obras mayores con el Estado: Camino Real, Carretera a Chapala, Línea 5, la Línea 4 que anhelaba la región y el nuevo Centro Universitario de la UdeG. No son titulares; son el esqueleto de un tiempo que pasa del “ojalá” al “ya abrió”.

Escenas de cercanía

De esa visión puesta en la calle nacen escenas reconocibles: colonias a las que no entraba un presidente desde hace veinte o treinta años y, de pronto, la plaza llena; el protocolo invertido en los arranques de obra —la gente al frente, las tijeras en manos de los vecinos, el listón que cae—; y, cuando termina el aplauso, nuevas listas de pendientes que se escriben sobre la marcha. La cercanía no clausura asuntos: abre conversaciones y deja puertas entreabiertas para volver.

Hay domingos de tacos de barbacoa —a la quirinilla cuenta sin dejar de sonreír—. Cocinar, dice, lo desestresa —aunque lo deje molido— y lo reconcilia con la medida doméstica de las cosas. Da gracias a Dios por el día y vuelve a su motivación íntima: poder mirar a sus dos hijas, hijo y nieta a los ojos y enseñar con el ejemplo qué significa responsabilidad. Celebra el trabajo de su esposa Bianca Sunderman en el DIF. Ama a sus animales. Sabe que el equilibrio no se agenda: se protege.

Política con sentido humano

La política —repite— es el arte de resolver conflictos poniendo a la persona en el centro. No es una consigna: es método. Primero escucha en la banqueta, identifica el conflicto detrás de la queja (agua, calle, cita médica, luminaria, seguridad) y nombra responsables para que nadie se diluya. Luego prioriza: lo urgente que duele y lo importante que previene. Los programas siguen esa lógica —“Salud Cerca de Ti” acerca consulta y medicamento—. Si el problema es entre vecinos, hay mediación y pasos concretos; con otras autoridades, alianzas; hacia adentro, disciplina: metas, seguimiento y correcciones a tiempo.

Por eso, cuando le preguntan qué es gobernar, elige una conciencia: vergüenza. La vergüenza de saber que la confianza es prestada, que el cargo caduca y que cada día debe rendir cuentas —aunque sea con la mirada— a quien se cruza en la tienda. Con esa vergüenza se decide qué obra sí y cuál todavía no; se devuelve la llamada incómoda; se recorre la colonia donde aún falta. Es la brújula que baja el volumen a la propaganda y sube el del servicio. Así, la política vuelve a ser lo que nunca debió dejar de ser: cuidar la casa común con la puerta abierta.

Herencia y horizonte

La genealogía también gobierna. El padre —que quiso ser presidente y no pudo porque ser oposición, entonces, era sinónimo de pared— dejó un sueño en suspenso. Cuando la gente eligió a Gerardo, de alguna forma también honró esa apuesta. De ahí nace una presión que no aplasta: compromete. En los recorridos, se lo recuerdan una y otra vez: “sabíamos que los Quirino iban a dar resultados”; “si a tu padre le hubiera tocado, habría sido un gran presidente”; y esa memoria no solo acompaña, orienta.

Su visión política, además, se cocina en familia. “Con sus carnales” —lo dice con gusto familiar— compartió la misma formación y, muchas veces, entre la comida y las reuniones, fueron hilando la idea. Ellos forman parte de lo que hoy se entiende por Tlajo Siempre Cerca: aterrizan, preguntan lo incómodo, empujan cuando él se detiene y frenan cuando acelera de más. Si hoy Tlajo tiene un proyecto con rumbo, es también porque lo conversaron como se conversan las cosas importantes: entre hermanos, con franqueza, con cariño y con la puerta de casa abierta, como desde niños. “Ese acompañamiento fraterno se agradece” apunta el presidente.

El horizonte es de 20 años: Tlajo como ciudad más competitiva del occidente por ubicación, aeropuerto, inversiones y —sobre todo— por su gente trabajadora. Sueña con oferta educativa suficiente para que nadie tenga que cruzar diario hasta Guadalajara; con infraestructura hídrica y políticas serias para que el agua deje de ser herida abierta; con un municipio que nació rural, maduró como ciudad media y termina de erguirse top sin olvidar quién fue.

En el primer año, el número impresiona —2,000 millones en obra pública y una proyección de 3,500 millones en el trienio—, pero lo decisivo es la coherencia: que cada peso se gaste como si fuera de la casa. Programas como Salud Cerca de Ti —medicinas gratuitas, consultas, atención temprana—, mejoras de movilidad, cercanía con centros administrativos: piezas de un mismo relato donde el gobierno toca puertas y la ciudadanía responde.

La casa materna y paterna

Volvamos al origen. La casa materna y paterna en Tlajo —la casa de los Quirino— no es postal: es pedagogía cívica. En esa sala se aprendió a escuchar y a acompañar; en ese patio se entendió que la autoridad se gana sirviendo. Las cadenas oxidadas del portón son el mejor recordatorio de lo que no debe pasar en el poder: cerrarse.

Porque, al fin de cuentas, la historia de Gerardo Quirino no es la de un político en ascenso, sino la de una comunidad que decidió mirarse de frente. Si la casa pública permanece abierta, si el listón lo cortan los vecinos, si el presupuesto se colorea con justicia, si la vergüenza sigue dictando la altura del servicio, entonces Tlajo confirma su identidad: una ciudad joven que aprendió a gobernarse cerca.

Y la cadena vuelve a su sitio simbólico. No sirve para cerrar. Sirve para recordar —con su herrumbre— que aquí las puertas, como las conversaciones, se quedan abiertas. Siempre cerca.



Capítulo 3

Historias que lo prueban





Hay cosas que no se pueden contar solo con cifras. Existen cambios que ninguna estadística, gráfica o reporte oficial logra captar plenamente. El verdadero impacto de un gobierno que elige estar cerca de la gente se revela en historias: en rostros concretos, en voces reales, en las experiencias cotidianas que antes eran excepcionales y que hoy empiezan a ser parte de una nueva normalidad.

Este capítulo está dedicado precisamente a eso: a las personas. Aquí encontrarás relatos auténticos y cercanos de vecinos y vecinas de distintas zonas de Tlajo que son protagonistas directos del cambio que ocurre día con día en sus comunidades. Personas que antes no eran escuchadas, hoy participan activamente. Lugares que por años estuvieron olvidados, hoy reciben atención, presencia constante y soluciones reales.

El modelo de cercanía tiene su raíz en la corresponsabilidad, y es precisamente desde allí, desde el compromiso compartido, que se construye esta historia colectiva. El presidente Gerardo Quirino Velázquez ha transformado por completo la forma en que se hacen las cosas: los eventos protocolarios ya no giran en torno a la figura del gobernante, sino alrededor de los ciudadanos. Los actos oficiales se han humanizado, democratizado, ciudadanizado. Por eso, en cada gira para entregar o iniciar obras o programas, es habitual escuchar historias reales y espontáneas, porque ahora el micrófono está abierto, porque ahora quien habla es la gente.

El presidente Gerardo Quirino ha restituido al político al lugar que originalmente le corresponde: no como alguien distante y superior, sino como un agente social auténtico, próximo y accesible, parte integral de la comunidad, capaz de compartir sentimientos, recuerdos y realidades cotidianas con quienes gobierna. En algunas historias que conoceremos aquí, será interesante notar cómo los vecinos no se refieren a él por el título oficial de su investidura, sino simplemente como “Quiri” o “Gerardo”. Esto ocurre especialmente en la Cabecera municipal, donde los beneficiarios son literalmente sus vecinos, gente que lo vio crecer en las calles del

pueblo, lo vio pasar por la cuadra cuando era niño, o compartir un refresco en la tienda del barrio. Hoy regresa a esos mismos lugares como un líder maduro, consciente y preparado, sabiendo con precisión qué necesita la colonia que es también su casa, su origen y su propia historia.

Muchas iniciativas y programas que ahora se aplican surgieron precisamente del contacto cotidiano con las personas, mucho antes incluso de asumir formalmente la administración pública. Cada historia que leerás en este capítulo es una prueba tangible del modelo de cercanía y corresponsabilidad en acción. No son simples anécdotas: son evidencias vivas y palpables de cómo se reconstruyen los vínculos entre sociedad y gobierno, de cómo se recuperan espacios públicos largamente olvidados, y de cómo comienza a restaurarse, paso a paso, la confianza en las instituciones. Estas son las voces que hoy nos narran cómo se vive actualmente en Tlajo, cómo se están construyendo nuevos caminos hacia un futuro más justo, más humano y más cercano.



Son historias que merecen ser contadas porque en ellas se encuentran pruebas claras de que algo esencial ha cambiado: la manera en que la gente y el gobierno se relacionan. En cada relato descubrirás el nuevo pacto social en movimiento, un pacto que no solo promete cercanía, sino que se practica día tras día, transformando realidades concretas, dignificando espacios comunes y, sobre todo, mejorando vidas humanas. Porque en Tlajo la cercanía no es solo un principio, sino una forma cotidiana de gobernar.



La Alameda: Donde ahora suceden cosas

Don Silvano había recorrido las calles de San Marcos más veces de las que podía recordar. Ese barrio al oriente de Tlajo, incrustado en la delegación La Alameda, había nacido ante sus ojos. Cada casa que se construía, cada árbol plantado, cada vecino nuevo que llegaba era para él una página más de una historia que nadie, excepto quienes vivían allí, parecía conocer.

A pesar de su cercanía física con Tlajo, la vida cotidiana del barrio tenía más en común con los pueblos vecinos de El Salto, El Castillo o incluso con el aeropuerto que con el propio centro municipal. San Marcos siempre había sido una especie de periferia olvidada, un lugar al margen de la atención política y social. Aun así, Don Silvano sentía una conexión profunda con su municipio. Conocía el centro del pueblo como se conoce el patio de una casa vieja, recordaba los rostros de todos los alcaldes que habían pasado por la presidencia municipal, pero lo que más conocía era el sentimiento de abandono y resignación de sus vecinos. Porque, en sus propias palabras, hacía treinta años que en su barrio no sucedía una obra pública digna de llamarse así.

Cuando llegaba la temporada de lluvias, aquellas tormentas intensas que otros disfrutaban desde la seguridad de sus casas, en San Marcos solo generaban ansiedad y miedo. La vieja tubería se saturaba, incapaz

de soportar los torrentes de agua, y las calles rápidamente se inundaban. La única esperanza era que llegara pronto el camión vector a destapar el drenaje para regresar al mismo olvido de siempre. Esa era la única intervención gubernamental que recordaban los vecinos: una acción urgente y temporal para resolver un problema eterno.

Por eso, cuando un día corrió la voz entre los vecinos de que su barrio había sido incluido en los proyectos de obra pública del municipio para el año 2025, Don Silvano reaccionó primero con incredulidad. Decidió junto a otros vecinos organizar reuniones para confirmar que aquella promesa no fuera otro espejismo político, otra falsa esperanza de las tantas que habían escuchado en décadas anteriores. Hablaron con el delegado, llamaron a los funcionarios, exigieron claridad. Necesitaban ver para creer.

La confirmación llegó de manera inesperada, en una visita del presidente municipal Gerardo Quirino. Esa mañana, con un aire fresco que limpiaba el polvo de tantos años de indiferencia, Quirino recorrió a pie las calles olvidadas de La Alameda, habló con los vecinos y colocó ante sus ojos una maqueta que prometía un futuro distinto. El presidente habló del nuevo presupuesto equitativo, de obras que ya no se distribuirían según intereses políticos sino según las necesidades reales de cada rincón del municipio. Prometió que el Corredor Chapala, la zona que incluía a La Alameda, nunca más volvería a ser olvidado.

Don Silvano escuchó aquellas palabras con la cautela de quien ha visto muchos políticos llegar y partir sin dejar huella. Pero también con un ligero temblor en el corazón, una pequeña y persistente esperanza que apenas se atrevía a reconocer. Quizá esta vez sí sería diferente.

Finalmente, el día de la inauguración llegó. En un acto que simbolizaba la nueva cercanía del gobierno con la comunidad, el presidente entregó el micrófono y unas tijeras directamente a Don Silvano y sus vecinos. Les cedió el protagonismo porque, según dijo, esta era su obra, este era su barrio, este era su día.

Don Silvano tomó el micrófono con manos firmes y voz profunda, y mirando a sus vecinos dijo emocionado:

“En treinta años, jamás había pasado algo así en nuestro barrio. Ni siquiera un político había venido aquí, ni siquiera a prometer en campaña. Pero hoy tenemos aquí al presidente municipal, entregando una obra y arrancando otra. Hoy, en La Alameda, donde antes no pasaba nada, algo finalmente está pasando”.

Los aplausos rompieron el silencio acumulado por décadas. Mientras cortaba el listón junto a sus vecinos, Don Silvano supo que aquella escena se convertiría en una historia que contarían durante muchos años. Era el principio de algo nuevo, el principio de una historia donde el barrio de San Marcos ya no estaría condenado al olvido, porque ahora era visible, porque ahora era escuchado, porque ahora, por primera vez, no solo importaba, sino que era protagonista de su propia historia.



Flaviano Ramos: El compromiso en marcha

La maquinaria estuvo lista desde temprano: el estruendo de la retroexcavadora, el compás de las palas contra la tierra y el crujiir de planos se mezclaron como una orquesta matinal que despertaba a la colonia. En Flaviano Ramos Sur, vecinos y funcionarios se apiñaban junto al canal abierto. En la orilla derecha de la calle, justo donde el canal desemboca en Lerdo de Tejada, aún brillaba el graffiti que nunca se borró: “¿Quieres nuestro voto? Arregla la calle.” “¿Ya ganaste? Ahora cumple.” Un mensaje anónimo en la forma, pero claro en el sentimiento.

Gerardo Quirino Velázquez caminó, junto a su esposa Bianca Sunderman, hasta detenerse frente al graffiti. La leyó de nuevo y esbozó una sonrisa de seguridad, como quien asume un reto con la convicción de poder cumplirlo. Después avanzó hasta la bocina, a ras de piso, frente a la tienda, ahí estaba Don José Miguel Rivas González, conocido por todos como El Gordo Rivas. Desde las ventanas del segundo piso, algunos vecinos se asomaban, incrédulos, sin creer que aquello realmente sucediera.

Quirino no pronunció un discurso ni recitó cifras. Sólo colocó un bastidor con la maqueta de la obra y lo mostró al público.

Don Gordo tomó el micrófono. Con un chiste rompió el hielo y, al instante, fue al grano. Habló del cansancio de más de 20 años sin una obra en la calle, de las inundaciones donde el agua se metía “hasta las casas de todos los vecinos” y de la frustración acumulada. Conocía a Quirino desde la infancia, y sus padres vivían a sólo una cuadra y media; esa cercanía era una garantía, pero también una presión. “Hoy venimos a ver si cumplen. Tú eres uno de aquí; te conocemos, así que tienes que cumplir más.”

Quirino asintió, aceptó el reto y tomó el micrófono: “No hay fecha que no se llegue, ni plazo que no se cumpla. Vine a cumplir este compromiso. Aquí inicia la obra: recuperaremos el canal, pondremos piso de concreto, instalaremos andadores y luminarias, conectaremos un corredor recreativo con Juárez y reactivaremos el centro histórico. Gracias por permitirme representarlos. No aflojaremos.”

Concluidas sus palabras, devolvió el micrófono, dio un paso atrás y, en lugar del tradicional corte de listón, pidió a los vecinos agitar las banderas blancas para autorizar el inicio de la obra. Las banderas se alzaron, la maquinaria rugió y la primera excavación marcó el comienzo de una nueva etapa para Flaviano Ramos. Los vecinos no aplaudieron en masa. En su lugar, guardaron un silencio expectante: el silencio profundo de quien ve nacer, por fin, algo esperado durante décadas.

El silencio duró un par de meses, el tiempo que tardó la obra en transformar la calle. Hoy, la sentencia del graffiti ha cambiado.

Ahora, sentado frente a la calle que “se puede transitar muy bien”, Don Gordo Rivas resume el sentir de la colonia: “Estamos agradecidos con él porque gracias a él ya tenemos una calle bonita.” El cumplimiento fue total: desde el concreto estampado y teñido de rojo óxido, hasta el cambio de todo el alumbrado. Se instalaron las banquetas, las rampas para las personas en silla de ruedas, y se recuperó el espacio con un pequeño parque para los niños y bancas donde sentarse a recibir el fresco del viento por las tardes. Lo que antes fue una calle “muy horrible” ahora es una vía incluyente y un punto de encuentro.





La red de cuidadoras

Joana Flores Ramírez – “Te Cuidamos Siempre”

Joana Flores Ramírez vive en Chulavista. Es mamá de un adolescente con autismo y, desde hace dos años, forma parte del programa “Te Cuidamos Siempre” del Gobierno de Tlajo. Su historia es la de cientos de mujeres que, además de ser madres, se convirtieron en cuidadoras de tiempo completo y en pilares silenciosos de sus familias.

“Somos madres cuidadoras con chicos con discapacidad. Este apoyo, aunque sea anual, nos ayuda mucho para nuestras necesidades. A veces no se trata de la cantidad, sino de saber que alguien ve lo que hacemos”, cuenta Joana.

El grupo en el que participa comenzó con unas cuantas mujeres. Hoy son más de quinientas. Entre ellas han formado una red de apoyo que trasciende lo económico: se acompañan, se escuchan y se ayudan. *“Empatizamos mucho —dice— porque todas entendemos lo que es esta vida. Nos apoyamos entre nosotras, nos conocemos, nos ayudamos. Si una no puede moverse, la otra la lleva. Nos organizamos, nos acompañamos... somos una comunidad.”*

Esa solidaridad también se reflejó en una decisión que conmovió a todos los involucrados en el programa. Cuando se les consultó si preferían que el apoyo económico se concentrara en menos personas para aumentar la cantidad, o se distribuyera entre más mujeres aunque

fuera menor, la respuesta fue unánime: *“que sea menos dinero, pero que llegue a más”*.

“Nos pusimos a pensar en todas las que somos, y dijimos: no, que alcance para más”, recuerda. Ese gesto marcó una diferencia: el corazón de la política pública no está en la cifra, sino en la empatía.

Con el paso del tiempo, el grupo creció y se fortaleció. Hoy se han constituido como una organización civil llamada Madres Cuidadoras de Tlajomulco, desde donde canalizan donaciones, medicamentos y apoyos a quienes más lo necesitan. *“Entre todas hacemos un pequeño estudio socioeconómico para asegurarnos de que llegue a quien realmente lo necesita. Ya hemos entregado camas especiales y medicinas. Es nuestra forma de regresar un poco de lo que recibimos.”*

Su experiencia con el gobierno municipal, dice, ha sido cercana y respetuosa. *“Aquí en Tlajo nunca nos hemos topado con alguien déspota. Siempre nos han tratado bien, con empatía. Eso te motiva a seguir participando.”*

Joana también ha conocido otros programas como “Salud Cerca de Ti”, que busca acercar servicios médicos, consultas y estudios a las familias que más lo necesitan. Aunque su proceso tuvo algunos contratiempos, reconoce la utilidad del programa: *“Ayuda muchísimo, sobre todo con los laboratorios, las consultas y los lentes. Son cosas que de otra manera no podríamos pagar.”*

Sobre su municipio, Joana sonríe: *“Cuando llegué a Chulavista en 2007 no había nada. Hoy ya hay trabajo, escuelas, empresas, transporte. Se nota el cambio.”*

Su testimonio resume el espíritu de Tlajomulco: comunidad, empatía y trabajo en equipo. *“Muchas mamás han sido abandonadas por sus parejas. Cuidar a un hijo con discapacidad es una carga muy grande, emocional y económica. Nos hace falta también apoyo psicológico. Nos olvidamos de nosotras mismas. Pero seguimos adelante, con fuerza, porque tenemos que hacerlo.”*

Para Joana, el programa “Te Cuidamos Siempre” no solo representa un apoyo económico, sino un reconocimiento. *“Nos hace sentir vistas. Cuando un gobierno piensa en nosotras, nos da esperanza.”*



Aprender a no olvidarnos de nosotras mismas

María del Sagrario Casillas García
Cuidadora, madre y vecina comprometida

María del Sagrario Casillas vive en Chulavista desde hace más de catorce años. Es mamá de un joven de 17 años con discapacidad, y desde hace tiempo participa en programas del gobierno municipal diseñados para acompañar y fortalecer a las familias cuidadoras.

Su historia comenzó con “Siempre hay Chamba”, un programa que ofrece empleo temporal a personas que buscan generar ingresos dignos mientras contribuyen al bienestar de su propia comunidad. *“Nos ayuda muchísimo — cuenta— porque no solo nos pagan por trabajar, también embellecemos donde vivimos. Limpiamos calles, parques, avenidas. Nos sentimos útiles. Lo que hacemos es para nosotros mismos.”*

María también ha participado en el Sistema Municipal de Cuidados, el primero en la historia de Tlajo, donde conoció a personas que viven situaciones parecidas a la suya. *“Nos une el mismo propósito: cuidar a quienes amamos. Pero también aprender a no olvidarnos de nosotras mismas.”*

A través de este sistema y del acompañamiento de funcionarias como Paola Bernal, María pudo incorporarse al programa estatal de apoyo a personas cuidadoras. *“Aquí siempre me han ayudado. Son empáticos, te escuchan, te orientan. En otras partes no es así. Aquí sí te sientes acompañada”, dice con una sonrisa.*

Por su participación en Siempre Hay Chamba, recibe su pago en Tlajovales, son 600 pesos por día en que participa en las brigadas y pueden cambiar en las tiendas registradas cerca de su casa *“Es una gran ayuda, y ahora los precios en las tiendas están mejor. Antes subían mucho, pero ahora están vigilados. Los vales rinden más, y eso se nota.”*

María habla con sinceridad sobre lo que significa ser cuidadora: la carga emocional, la pérdida de oportunidades laborales, y el esfuerzo constante por mantener la esperanza. *“Cuidar a un hijo con discapacidad cambia todo. A veces sientes que tu vida se detiene, pero programas como “Siempre Hay Chamba” te hacen sentir que todavía puedes aportar, trabajar, salir adelante.”*

También reconoce que el reto del Sistema de Cuidados apenas comienza. *“Falta fortalecerlo, sobre todo para visibilizar más a las cuidadoras. Porque a veces se piensa solo en las personas con discapacidad, y se olvida a quienes estamos detrás, las que sostenemos todo. Nos hace falta apoyo psicológico, más talleres, más espacios para sentirnos útiles.”*

Aun con los desafíos, María ha encontrado en Tlajo una comunidad que crece y mejora. *“Cuando llegué, no había mucho. Hoy se nota el cambio: más empleos, más escuelas, más parques. El presidente Quirino ha hecho cosas muy buenas, sobre todo por nosotros, las cuidadoras. Nos ve, nos escucha. Y eso vale mucho.”*

Desde su experiencia, deja un mensaje que refleja la esencia de este gobierno: *“Sigamos apoyándonos entre todos. No perdamos la empatía. Las cosas cambian cuando trabajamos juntos y cuando el gobierno está cerca de la gente.”*



Sientes orgullo, porque sabes que tus hijos van a jugar ahí

Dalia Alejandra Pintor Martínez –
Siempre Hay Chamba, Siempre Cerca

Dalia Alejandra Pintor Martínez tiene 31 años y vive en Lomas del Mirador, donde cría a sus tres hijos: Sebastián, Romina y la pequeña Elena Guadalupe. Desde hace unos meses forma parte del programa “Siempre Hay Chamba”, una iniciativa que combina el trabajo comunitario con el apoyo directo a las familias, fortaleciendo el sentido de corresponsabilidad en Tlajo.

“Este programa nos ayuda muchísimo —dice Dalia—. Nosotros ayudamos al municipio, y el municipio nos ayuda a nosotros. En un día se organizan varias brigadas: limpiamos parques, pintamos topes, recogemos basura. Terminando, nos entregan un Tlajovale que podemos usar en las tiendas del mismo barrio. Es una gran ayuda.”

Dalia conoció el programa a través de las redes sociales del Gobierno de Tlajo y de la directora Ale Bueno, a quien describe con gratitud y respeto. “Ale es muy comprometida con la gente. También Jesús Iñiguez y Tali López. Son personas muy trabajadoras, siempre cercanas, siempre al pendiente de nosotros. Nos tratan con respeto, con empatía.”

En su experiencia, el programa ha marcado una diferencia real: “El presidente Quirino sí se preocupa por su gente. A veces llega a las brigadas y se pone a podar o a pintar con nosotros. Es un ejemplo. Se nota que le importa su municipio.”

Dalia valora que su participación no solo beneficie su economía familiar, sino también el entorno donde crecen sus hijos. *“He trabajado en parques de mi colonia. Cuando terminas y ves todo limpio, bonito, sientes orgullo. Porque sabes que tus hijos van a jugar ahí.”*

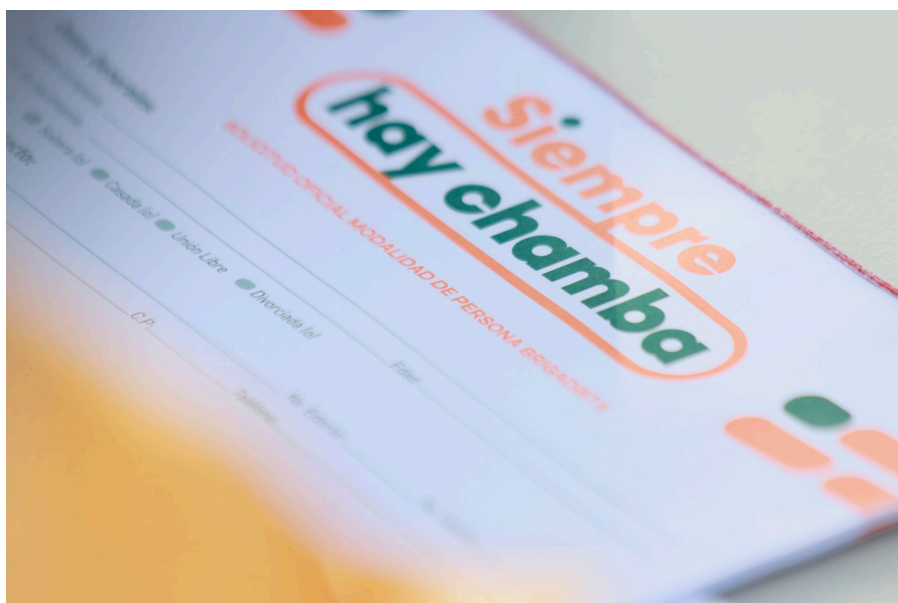
También resalta la importancia de que el programa impulse el comercio local a través de los Tlajovales: *“Es muy buena idea, porque el dinero se queda aquí, en las tiendas del mismo municipio. Eso ayuda a todos.”*

Dalia reconoce el cambio que ha visto en Tlajomulco: *“Vivo aquí desde hace diez años. Antes faltaban muchas cosas, pero ahora hay más obras, más oportunidades. Se nota el trabajo.”*

Con su tono directo y alegre, deja un mensaje claro para quienes lean su historia:

“Que se registren, que no se desesperen y que cuiden los espacios. Tlajomulco está cambiando, y si todos ponemos de nuestra parte, va a estar cada vez mejor.”

“Siempre Hay Chamba” no solo le dio a Dalia una oportunidad de ingreso, sino también un espacio para sentirse parte de algo más grande: un Tlajomulco que trabaja unido, con las manos en la tierra y el corazón en la gente.





Calle Placeres: la arteria que volvió a latir

Fabián Álvarez Rivera, vecino de San Sebastián el Grande, aprendió a medir el tiempo por los baches. No necesitaba calendario: el traqueteo del coche sobre la calle Placeres le decía si era temporada de lluvias, si el camión escolar había pasado antes que él, si el asfalto —ese que habían puesto por última vez alrededor del año 2000— aguantaba otro día. Veinticinco años después, la calle seguía siendo la misma herida abierta que todos debían cruzar. No era cualquier trazo: Placeres era la vena mayor que atravesaba el pueblo de norte a sur, y de regreso, el eje que conectaba a Cuauhtémoc con los barrios laterales, la vía que tomaban los pesados cuando la principal colapsaba, la salida y la llegada de quienes iban y venían del trabajo, de la escuela, del mandado.

Antes de la obra, caminar era una prueba de equilibrio. Las banquetas, cuando existían, eran un rompecabezas de niveles imposibles: un escalón alto aquí, un hundimiento allá, tramos angostos que obligaban a bajarse a la calle. Fabián lo miraba a diario, pero lo comprendió con un nudo en la garganta cuando acompañó a su padre —la rodilla rígida, el paso corto— a cruzar de acera. Cada desnivel era una invitación a caerse. ¿Cómo puede una calle ser principal si no está hecha para cuerpos que sienten dolor?, se preguntaba.

El arranque de obra llegó sin discursos grandilocuentes. En la inauguración cercana de la calle Constitución —levantada y repavimentada con banquetas nuevas— el presidente municipal explicó con calma lo que venía para Placeres: nivelaciones, sustitución de drenajes, banquetas continuas y accesibles, una rasante pensada para que el agua encontrara su camino sin convertir a las casas en diques. Empezaron de norte a sur, con prisas contenidas por la ingeniería: Placeres guarda bajo tierra un tablero de válvulas que regula buena parte del abasto del pueblo. Avanzar exigía técnica, paciencia y margen para corregir sobre la marcha.

La obra, fiel a su mala fama, se topó con la temporada de lluvias. Con las zanjas abiertas, la tierra suelta corrió hacia el drenaje y lo tapó; el cruce con Huertas, el más bajo, se anegó. La incredulidad vecinal apareció como aparece siempre: *“eso no va a quedar”*, *“el tubo está mal”*, *“se van a tardar una eternidad”*, *“¿por dónde vamos a pasar?”*. La calle, arteria y embudo a la vez, devolvió su caos conocido: embotellamientos, desvíos improvisados, claxon y resignación. Fabián, que no buscaba protagonismos, se convirtió sin querer en enlace: tocó puertas, preguntó a la constructora, llamó a Obras Públicas, explicó a los vecinos lo que iba sabiendo. No se trataba solo de calmar ánimos; era sostener un hilo de confianza.

Las cuadrillas volvieron, desazolvaron, ajustaron pendientes. En una reunión a pie de obra, el equipo técnico y la gente midieron con la mirada el cauce pluvial, tomaron niveles y acordaron levantar ligeramente el apoché en el cruce crítico para que el agua doblara antes de golpear la primera boca de tormenta. Se veía poca cosa: unos centímetros de carpeta y base; en realidad era la diferencia entre inundarse o no en la siguiente tormenta. Nadie aplaudió, pero muchos respiraron más tranquilos.

Hubo, también, señales que cambiaron el ánimo. En el cruce con Arámbula, uno de los primeros tramos terminados, aparecieron los adoquines y los cajetes. Un vecino se acercó a Fabián con una mezcla de timidez y entusiasmo: *“ayúdame a que me toque un arbolito; yo lo cuido”*. Cuando por fin lo plantaron, el cajete le pareció grande; al poco tiempo lo llenó de rosalitas y, cuando llegó la temporada, de cempasúchil. Después puso algo de pasto alrededor. Era un gesto mínimo y enorme a la vez: la calle empezaba a volverse casa. El árbol ya no era *“del municipio”*, era *“nuestro”*. Ese *“nuestro”* corría como rumor: otros preguntaban por los espacios, ofrecían regarlo, prometían protegerlo del sol del mediodía.

No todo admitía verde. El tramo entre Constitución y Zapata —estrecho, tozudo— obligó a una cirugía milimétrica: reducir un par de centímetros la banqueta para permitir el cruce de dos autos. Hasta ahí, el equilibrio posible: la movilidad vehicular no podía tragarse la dignidad del peatón. El diseño final privilegió la continuidad peatonal, con rampas al ras en cocheras y esquinas, alturas uniformes, pasos evidentes. El trazado dejó de ser una suma de remiendos para convertirse en una línea con sentido.

Mientras tanto, la vida no se detuvo. Por las mañanas, el tránsito escolar forzaba a probar la nueva logística: cuando Cuauhtémoc se saturaba por un bloqueo o un choque, los camiones tomaban Placeres. Antes, el asfalto roto frenaba el flujo; ahora, aun con la carga pesada, el paso podía ser continuo. Los negocios de la zona —la tienda de abarrotes, la panadería, el puesto de jugos— agradecieron: menos polvo, menos charcos, más gente dispuesta a caminar dos cuadras sin arriesgarse a un resbalón. A media tarde, las y los adultos mayores empezaron a ocupar la banqueta como quien recupera un derecho antiguo: bastón en mano, caminaban de sombra en sombra, y si necesitaban cruzar, lo hacían sin pedir ayuda. Fabián volvió a recorrer la calle con su padre y descubrió allí la verdadera medida de una obra pública: el hombre que antes necesitaba del brazo de su hijo ahora levantaba el pie lo justo, cruzaba la acera, seguía solo.

Al concluir, tres cambios quedaron nítidos. El primero, las banquetas: a nivel, continuas, con rampas donde correspondía, sin escalones caprichosos ni “sube y baja” que desorienta. El segundo, el fin de los baches y el flujo más limpio: Placeres dejó de ser un suplicio y se volvió cauce. El tercero, un intangible que se nota en el ánimo: la calidad de vida. No solo para quienes habitan, también para quienes pasan.

Cuando le preguntan qué significa para él “Tlajomulco siempre cerca” después de esta experiencia, responde sin adornos: atención. Estar a la mano para explicar por qué una válvula retrasa un tramo. Volver al día siguiente con una cuadrilla a desazolvar. Acordar con los vecinos un ajuste de nivel y regresar a verificar si funcionó. No desaparecer ante la primera queja. Atención como práctica diaria, no como eslogan.

A otros ciudadanos, Fabián les deja una ruta aprendida a pie de zanja: alzar la voz, sí, pero de manera ordenada. Hacer oficios, juntar firmas, identificar a las personas correctas, sostener la paciencia y la comunicación. La calle Placeres, recuerda, llegó a un punto de quiebre: el enojo cruzaba de banqueta a banqueta, los reclamos se confundían con la urgencia. Y, sin embargo, casi todos los pendientes se resolvieron por los canales formales, con diálogo y constancia. La diferencia no fue gritar más fuerte, sino insistir mejor.

Hoy Placeres ya no marca el tiempo por baches, sino por historias: el padre que camina sin ayuda, la vecina que presume su rosal, el estudiante que cruza sin saltar charcos, el camión que no rompe nada al pasar. La arteria volvió a latir y su pulso, esta vez, suena a cercanía: a un gobierno que no se aleja y a una comunidad que se apropia. Siempre cerca.



Capítulo 4

La Cercanía se Construye:
Políticas para un Futuro Compartido





Tlajo aprendió que la cercanía no es un discurso, sino una experiencia que se vive en la calle, en la clínica de barrio, en la plaza recuperada o en el trámite que ya no requiere cruzar todo el municipio. La cercanía es la luminaria que funciona porque vecinos y gobierno la cuidan juntos; es la consulta médica gratuita que llega al fraccionamiento; es el empleo temporal que dignifica mientras mejora un parque; es la calle intermunicipal que conecta a dos ciudades y acorta el tiempo de quienes viajan todos los días. En cada uno de esos gestos concretos se cifra un modelo: la apuesta de Tlajo por gobernar desde la proximidad y con corresponsabilidad.

El Modelo Tlajo de cercanía constituye una innovación en la forma de gobernar desde lo local. No se trata de un eslogan ni de un estilo administrativo pasajero, sino de una arquitectura institucional que organiza políticas y programas con un mismo propósito: acortar distancias entre ciudadanía y gobierno, redistribuir oportunidades en el territorio y generar confianza a partir de resultados verificables. Este modelo se reconoce a través de cuatro expresiones fundamentales: las redes de gestión comunitaria, la política social de salud y bienestar, la corresponsabilidad en el espacio público y la infraestructura territorial.

En primer lugar, las Redes de Cercanía y Corresponsabilidad sustituyen la lógica de los Consejos Sociales y consolidan un esquema de gestión cotidiana. Estas redes no solo deliberan, sino que ordenan demandas ciudadanas mediante una puerta única, fijan metas de atención, documentan procesos y promueven la corresponsabilidad comunitaria. La cercanía, en este plano, se convierte en capacidad institucional, con reglas claras y trazabilidad de resultados que fortalecen la gobernanza local (Aguilar Villanueva, 2006).

En segundo lugar, la política social cercana se expresa en programas como *Salud Cerca de Ti*, que descentraliza la atención médica gratuita en clínicas de barrio, garantizando acceso a consultas, medicamentos y estudios básicos. Esta estrategia amplía derechos y corrige desigualdades históricas.

El tercer componente lo conforman los programas de corresponsabilidad y empleo solidario. Por un lado, el *Programa de Corresponsabilidad* moviliza brigadas comunitarias y recursos municipales para recuperar espacios públicos en cogestión, mostrando que el valor público se produce en conjunto con la ciudadanía. Por otro, *Siempre hay Chamba* incorpora un enfoque de economía solidaria: las personas participan en tareas comunitarias y reciben un ingreso a través de vales de consumo local, articulando inclusión social, mejora del espacio urbano y dinamización de la economía barrial.

Finalmente, la infraestructura para una ciudad cercana concreta la proximidad en edificios y calles. La construcción de los Centros Administrativos Tlajo (CAT) en López Mateos y Corredor Chapala, así como la conectividad intermunicipal con Zapopan, evidencian que la cercanía no solo es un trato humano, sino justicia espacial y eficiencia en la provisión de bienes públicos. Al acercar trámites, servicios y movilidad a donde vive la población, se reduce el costo generalizado del acceso y se fortalece la confianza ciudadana en las instituciones locales.

En conjunto, estas políticas conforman un modelo coherente donde la cercanía se traduce en organización social, derecho al bienestar, corresponsabilidad comunitaria e infraestructura redistributiva. El Modelo Tlajo proyecta así una visión a futuro en la que el gobierno se reconoce como un actor cercano, capaz de acompañar a las comunidades en la resolución de sus problemas cotidianos y en la construcción compartida de bienes públicos. En esa medida, la cercanía deja de ser un gesto y se convierte en método de gobierno.

Redes de cercanía y corresponsabilidad: del modelo de consejos a un nuevo contrato institucional basado en participación social.

Hace una década, Tlajo optó por institucionalizar la participación vecinal mediante Consejos Sociales. La decisión respondió a dos factores concurrentes: primero, un alto número de fraccionamientos se constituyó bajo régimen de condominio sin contar, en muchos casos, con consejos de administración formalizados, lo que generó vacíos en la gestión cotidiana de áreas y bienes comunes; segundo, buena parte de esos fraccionamientos es extensa y socialmente heterogénea, por lo que sus habitantes carecían de lazos y rutinas compartidas que facilitarían la organización colectiva y una cohesión barrial mínima.

En ese contexto, los Consejos funcionaron como canal de interlocución y estructura inicial para articular agendas por fraccionamiento y encauzar demandas ante el gobierno municipal, en línea con los enfoques de gobernanza local y acción pública que, ante déficits de organización vecinal, recomiendan abrir cauces y estabilizar reglas para la participación, asegurar cercanía, reglas claras y continuidad operativa, y diseñar arquitecturas que definan responsabilidades y resultados compartidos entre gobierno y sociedad, fortaleciendo progresivamente la cohesión y las capacidades comunitarias.

Este mecanismo de participación ciudadana abrió cauces entre comunidad y gobierno y respondió a las necesidades del momento, ofreciendo un canal de interlocución donde antes había dispersión. Con el paso de los años, sin embargo, un diagnóstico detallado permitió identificar límites estructurales que afectaban su desempeño y su capacidad de producir resultados sostenidos en el territorio.

Cobertura desigual. Aunque los Consejos se extendieron por buena parte del municipio, su presencia y actividad se concentraron en ciertas zonas —Valle Sur, Valle Norte y López Mateos— mientras que Cabecera y Chapala registraron menor dinamismo. Esta asimetría se explica por diferencias en el ritmo de crecimiento urbano, la disponibilidad de liderazgos vecinales, la accesibilidad a servicios municipales y la heterogeneidad social de los fraccionamientos. El efecto práctico fue un mapa irregular de atención: colonias con fuerte interlocución frente a otras con escasa capacidad para hacer valer sus agendas.

Continuidad frágil. La operación cotidiana descansó en gran medida en el voluntarismo y en arreglos organizativos poco estables. El diagnóstico reportó 531 Consejos, de los cuales 56% estaban activos, 20% inactivos y 23% carecían de acta constitutiva. La falta de formalización generó incertidumbre para la toma de acuerdos, dificultó la relación con dependencias municipales y limitó el acceso a programas. Además, la rotación de participantes y la ausencia de mecanismos claros de relevo afectaron la memoria organizativa y la continuidad de proyectos.

Sobrecostos de acompañamiento. Sostener más de quinientos órganos de base implicó capacitación, logística de reuniones, seguimiento técnico y mediación constante. En contextos con duplicidad de figuras vecinales (p. ej., comités condominiales o asociaciones de colonos), esto derivó en superposición de funciones y uso disperso de recursos administrativos, reduciendo la eficiencia del acompañamiento institucional.

Evidencias clave del diagnóstico. Las cifras —531 Consejos; 56% activos, 20% inactivos y 23% sin acta— confirman que el diseño era vulnerable a la intermitencia y a la informalidad, especialmente en fraccionamientos amplios y socialmente heterogéneos. La concentración territorial reforzó brechas históricas de atención y dificultó una cobertura equilibrada del municipio.

Consecuencia operativa. Todo lo anterior derivó en una participación dependiente del voluntarismo y en cuellos de botella para convertir demandas en soluciones: entradas múltiples y no coordinadas de solicitudes, seguimiento irregular, tiempos de respuesta variables y dificultad para cerrar casos con evidencia verificable. En suma, el modelo permitió escuchar y canalizar, pero le costó mantener continuidad y estandarizar la respuesta en todo el territorio.

En suma, el diagnóstico no descalifica la ruta seguida: la asume y la completa. Reconoce que los Consejos abrieron un cauce necesario, pero muestra que para superar la cobertura desigual, asegurar continuidad y reducir sobrecostos se requiere una arquitectura distinta, centrada en la participación social como acción práctica y cotidiana.

De ahí la transición hacia Redes de Cercanía y Corresponsabilidad, con puerta única para las solicitudes, metas operativas claras, tableros y georreferenciación para seguimiento, equipos territoriales que sostienen la presencia diaria y cogestión comunitaria del espacio común mediante reglas de uso y tareas compartidas.

Este viraje ordena la demanda, estandariza la respuesta y corrige las asimetrías territoriales, al tiempo que convierte la cercanía en capacidad institucional medible. No se trata de multiplicar reuniones, sino de resolver problemas y cuidar lo público con responsabilidades compartidas: gobierno que cumple estándares, comunidades que se organizan y un municipio que aprende y mejora sobre la marcha.

De la participación ciudadana a la participación social: por qué esta distinción sostiene el modelo de cercanía

A inicios de la década de 2010, Tlajo hizo de la participación ciudadana una bandera institucional. El impulso reglamentario y los dispositivos consultivos abrieron canales formales para que la comunidad opinara, deliberara y validara decisiones públicas. Esa arquitectura —afinada y luego replicada en el entorno metropolitano y estatal— fue clave para institucionalizar la voz y dotar de certidumbre las interacciones entre vecindarios y gobierno (Ziccardi, 2004, 2008).

Sin embargo, la experiencia acumulada mostró que la vida cotidiana del barrio desborda los cauces exclusivamente consultivos. La organización real de las personas ocurre en otro registro: en el mantenimiento del parque, la gestión de luminarias, la seguridad barrial, la convivencia y las pequeñas obras que sostienen el bienestar diario. Aquí es donde la participación social resulta decisiva. A diferencia de la participación ciudadana de corte representativo-consultivo, la participación social es acción colectiva práctica y continua que se activa para hacer, cuidar y mantener, y que requiere cogestión con el gobierno y respaldo institucional para no agotarse en el voluntarismo (Subirats, 2008; Canto Chac, 2013).

La diferencia entre participación ciudadana y participación social no es semántica, sino arquitectónica y operativa. La primera se orienta a la interlocución: abrir canales mediante foros, consejos o consultas, cuyo valor reside en producir acuerdos y legitimar decisiones. Su unidad de acción son órganos representativos que sesionan y emiten posicionamientos, apoyados en instrumentos clásicos como actas, consultas y reglamentos. En este esquema, el valor público se mide en número de sesiones, acuerdos alcanzados o niveles de representatividad, y su legitimidad descansa en la voz y el procedimiento.

En contraste, la participación social se centra en la ejecución y en el cuidado del espacio común. Opera a través de redes pequeñas y rotativas que organizan tareas concretas en coordinación con equipos municipales en territorio, y se sostiene con herramientas modernas de gestión: puerta única de solicitudes, folios de atención, metas de servicio, tableros, georreferenciación y protocolos de cierre garantizados por una Secretaría Técnica. Aquí, el valor público no se mide por

cuántas veces se reúne la comunidad, sino por la tasa de resolución de reportes, el tiempo promedio de respuesta, los espacios recuperados y la confianza sostenida. Su legitimidad emana de los resultados y del cuidado compartido del territorio, sin prescindir de los cauces formales.

Bajo esta lente, el paso a Redes de Cercanía y Corresponsabilidad no “abandona” la participación ciudadana; la reubica dentro de un diseño que pone el énfasis en la participación social como motor de la gestión cotidiana. Las redes traducen la deliberación en acciones con estándares: cada solicitud entra por un canal único, se asigna responsable, se atiende con tiempos definidos y se verifica en sitio; a la par, se pactan reglas de uso y cuidado con la comunidad (Ziccardi, 2008; Canto Chac, 2013).

En términos de gobernanza de políticas públicas, esto significa alinear actores, recursos y reglas para producir valor público allí donde emergen los problemas, integrando presencia territorial, cogestión y continuidad en el ciclo de la acción pública (Aguilar Villanueva, 2006). Dicho de otro modo: la participación ciudadana asegura voz y procedimiento; la participación social asegura acción y resultado. El modelo de cercanía necesita ambas, pero se sostiene —y se mide— en la segunda.

Lo heredado y lo que se reconfigura: de Consejos a Redes

El modelo de Consejos Sociales fue oportuno para abrir participación y generar referentes comunitarios en un municipio con fraccionamientos extensos y heterogéneos. Cumplió una función de puerta de entrada: canalizar la voz, producir actas y acuerdos, y dotar de certidumbre procedimental a la interlocución con el gobierno. Este encuadre es consistente con la literatura que valora los dispositivos consultivos como mecanismos de legitimación y aprendizaje institucional cuando existen déficits de organización vecinal (Ziccardi, 2004, 2008).

Con la operación prolongada emergieron, no obstante, límites conocidos: representatividad heterogénea, superposición con otras figuras vecinales, sobrecostos de acompañamiento y continuidad irregular (diagnosticada en la proporción de órganos inactivos y sin formalización). Desde la teoría, estos problemas remiten a tres tensiones: **1) Arquitectura organizativa:** cuando los arreglos privilegian la interlocución sin integrar reglas para la ejecución, se amplifica la intermitencia y la dependencia del voluntarismo (Ziccardi, 2008); **2) Gobernanza de políticas públicas:** si no se definen con claridad actores, responsabilidades, procesos y resultados, la participación pierde potencia para producir valor público (Aguilar Villanueva, 2006); y **3) Vínculo con la vida cotidiana:** la legitimidad ya no se agota en la representación; debe sostenerse en resolver problemas donde ocurren, con cercanía y responsabilidad compartida (Subirats, 2002, 2008; Canto Chac, 2013).

La transición a redes no cancela las funciones logradas por los Consejos —enlace, control social, organización—; las reubica como prácticas operativas dentro de un sistema que incorpora: puerta única para solicitudes, tiempos e indicadores, responsables identificables y

evidencia de cierre. Este desplazamiento traduce la recomendación de gobernar con actores sociales (Subirats, 2008) y de coproducir servicios y cuidado del espacio público con soporte institucional (Cunill Grau, 1997). En síntesis, se pasa de un dispositivo centrado en voz y acuerdo a un arreglo de gestión que integra acción, resultado y continuidad.

¿Por qué redes? De deliberar a gestionar

Las Redes de Cercanía y Corresponsabilidad sustituyen la lógica de órganos por la de redes de trabajo con tres frentes coordinados —vinculación, cercanía y corresponsabilidad— que aseguran continuidad institucional. Este diseño responde a un principio: la participación social como acción práctica y cotidiana en cogestión con el gobierno requiere herramientas de gestión, no solo foros de deliberación.

Flujo demanda–gestión–solución

Toda solicitud entra por una puerta única territorial, se folia, canaliza, atiende y cierra con verificación en sitio. Esta cadena operativa materializa el ciclo de la acción pública (problema → decisión → implementación → evaluación), ubicando a los actores y sus recursos en el centro del proceso (Subirats, Knoepfel, Larrue & Varone, 2008). A la vez, responde a la exigencia de gobernanza planteada por Aguilar Villanueva (2006): *reglas claras de coordinación y responsabilidades compartidas para producir resultados*.

Metas y estándares verificables

El sistema fija metas de servicio (p. ej., 80% de solicitudes gestionadas en 30 días) y utiliza tableros públicos y georreferenciación para seguimiento y rendición de cuentas. Este enfoque desplaza la métrica de “número de sesiones” hacia indicadores de desempeño, coherente con las propuestas de gestión pública local orientadas a resultados (Cabrero Mendoza, 1999, 2002) y con la lógica de valor público en la que la legitimidad proviene tanto del procedimiento como de los efectos tangibles en el territorio (Aguilar Villanueva, 2006).

Cogestión y corresponsabilidad del espacio común

Cada red acuerda reglas de uso y cuidado, activa comités de vigilancia e impulsa al menos un proyecto comunitario en su primer año (parque, sendero seguro, agenda de luminarias, etc.). Con ello se evita que la participación se agote en la opinión y se convierte en capacidad colectiva de hacer, cuidar y mantener, siguiendo la tradición latinoamericana de coproducción de bienes públicos (Cunill Grau, 1997) y los aprendizajes sobre participación y gestión local (Canto Chac, 2013; Ziccardi, 2008).

Redes ligeras, rotativas y con continuidad

La ligereza organizativa (5–13 integrantes), la rotación de los ciudadanos coordinadores o coordinadoras de la red, las secretarías adjuntas de Corresponsabilidad, Cercanía y Vinculación reducen

riesgos de captura, sostienen la memoria organizativa y preservan la continuidad más allá de ciclos electorales o del desgaste natural del voluntariado. Esta es una salvaguarda central en contextos de alta rotación y heterogeneidad social (Subirats, 2002; Canto Chac, 2008).

Deliberación integrada a la gestión

Las redes no suprimen la deliberación; la integran al proceso decisorio y la vinculan con ejecución y evaluación. Así, la deliberación deja de ser un fin en sí mismo para convertirse en insumo de decisiones operables, cerrando el círculo con evidencia y retroalimentación pública (Subirats et al., 2008; Ziccardi, 2008).

En conjunto, la apuesta por redes operativiza la participación social: ordena la demanda, estandariza la respuesta, corrige asimetrías territoriales y convierte la cercanía en capacidad institucional medible. No se trata de multiplicar reuniones, sino de resolver problemas con reglas, estándares y responsabilidades compartidas.



Cercanía como capacidad institucional

En el modelo de redes, la cercanía deja de depender del carisma personal o de la buena voluntad de funcionarios y vecinos, y se convierte en una capacidad institucional. Esto significa que la relación cotidiana entre gobierno y comunidad se sostiene en roles definidos, rutinas claras, recursos disponibles, reglas compartidas e información verificable. La cercanía, en este sentido, deja de ser circunstancial y pasa a ser un método estable de gestión que garantiza presencia y resultados en el territorio.

En la práctica, esta capacidad se organiza en varias dimensiones complementarias. La primera es la presencia continua y especializada, a cargo de equipos de Vinculación, Cercanía y Corresponsabilidad que recorren colonias, registran incidencias, socializan información y promueven jornadas comunitarias. Este trabajo se coordina con la Dirección de Participación Social y con la Dirección de Desarrollo y Cercanía, lo que asegura una gobernanza multinivel que evita “zonas ciegas”, alinea ventanillas y hace que el seguimiento dependa de funciones explícitas y no de coyunturas. Una segunda dimensión es la organización ligera, rotativa y representativa, donde cada red está integrada por entre cinco y trece personas con funciones distribuidas —coordinación rotativa, vocalías y secretarías adjuntas— además de una Secretaría Técnica que garantiza continuidad. Este diseño reduce riesgos de captura, reparte cargas de trabajo y preserva la memoria organizativa.

Una tercera dimensión es la existencia de procesos trazables y comunicación comunitaria, pues la capacidad institucional se mide por cómo circula la demanda y cómo se verifica el cierre de casos. Por ello, el modelo incorpora indicadores, tableros de seguimiento y sistemas de georreferenciación que permiten a la comunidad comprobar avances y exigir correcciones sin romper la cooperación. Finalmente, la cercanía también implica la gestión del capital social local: la red no se limita a convocar vecinos, sino que identifica liderazgos naturales, cuida la representatividad de quienes participan y asegura apoyo logístico para las asambleas y actividades. De esta manera, se fortalece el tejido social que permite sostener la acción en el tiempo y se consolida un gobierno cercano como capacidad institucional y no solo como promesa política.

En términos teóricos, esto desplaza la legitimidad desde la voz procedimental hacia la resolución de problemas y el cuidado compartido de lo común; justo lo que plantean Subirats (innovación democrática anclada en la vida cotidiana) y Canto Chac (participación como capacidad colectiva para producir bienes públicos). La cercanía, así, deja de ser gesto y se vuelve método: reglas claras, presencia territorial y continuidad institucional que se verifica en calle y con datos (Subirats, 2008; Canto Chac, 2013).

Riesgos y salvaguardas

Todo diseño institucional serio debe anticipar sus vulnerabilidades y establecer mecanismos que las contengan sin sacrificar eficacia ni legitimidad. En el caso de las redes, la fatiga vecinal es el primer riesgo: cuando las tareas recaen siempre en los mismos, el entusiasmo decae y la participación se retrae. Para evitarlo, el modelo prevé metas realistas y resultados tempranos que den sentido al esfuerzo colectivo, complementados con reconocimiento público y rotación de funciones en equipos deliberadamente ligeros (5–13 personas). Esta combinación reparte cargas, mantiene la motivación y protege el capital social local.

Un segundo riesgo es la captura de liderazgos, frecuente cuando la representación se personaliza o se confunden intereses privados con los de la comunidad. Las salvaguardas aquí son de diseño y de

procedimiento: perfiles representativos, reglas de conflicto de interés, rotaciones programadas y trazas de decisión que documenten acuerdos, responsables y cierres verificables. Así, la autoridad comunitaria se sostiene en reglas y evidencias —no en carismas— y el escrutinio ciudadano encuentra soportes objetivos.

La fragmentación institucional constituye un tercer flanco: si las dependencias municipales actúan en paralelo, la red se topa con ventanillas inconexas y pierde capacidad de respuesta. El modelo la enfrenta mediante mando claro (Coordinación General y Dirección), coordinación multinivel, agendas por colonia y tableros compartidos que unifican la información operativa. De esta manera, la comunidad sabe quién responde, con qué plazos y bajo qué estándares, y el municipio alinea recursos hacia una misma cadena de valor público.

Finalmente, existe el riesgo de recaer en la consulta sin ejecución, esto es, volver a escuchar sin resolver. La disciplina del flujo demanda–gestión–solución, la publicación periódica de avances y la verificación en sitio anclan la deliberación en resultados. Indicadores como resolver el 80% de las solicitudes en 30 días y un proyecto comunitario por red funcionan como umbrales de desempeño: orientan prioridades, facilitan la rendición de cuentas y generan aprendizaje organizacional.

En conjunto, estas salvaguardas codifican en reglas los aprendizajes acumulados: sin ellas, la ineficacia erosiona la legitimidad y desperdicia recursos; con ellas, la red preserva su credibilidad, fortalece la cooperación gobierno–comunidad y sostiene el bienestar local en el tiempo.



Conclusiones

Tlajo asume lo construido con los Consejos y lo reconfigura en un sistema de Redes de Cercanía y Corresponsabilidad que desplaza el foco desde la representación esporádica hacia la participación social como práctica cotidiana en cogestión. El cambio no niega el pasado: lo integra en una arquitectura que convierte la cercanía en capacidad institucional —equipos territoriales, reglas claras, continuidad operativa, estándares e indicadores verificables. En este marco, gobernar de cerca significa ordenar la demanda, estandarizar la respuesta y socializar el cuidado del territorio.

El giro conceptual —de la participación ciudadana consultiva a la participación social orientada a resultados— sostiene un rediseño operativo y coordinación multinivel que alinea áreas y reduce la fragmentación. Este dispositivo no solo amplía la cobertura y la eficacia; reconfigura la legitimidad: ya no descansa únicamente en la voz y el procedimiento, sino en la capacidad de resolver problemas públicos donde ocurren y de cuidar de manera compartida los bienes comunes.

Los beneficios esperados tienen tres planos. En lo territorial, corrige asimetrías históricas de atención y acerca estándares de servicio a colonias antes rezagadas. En lo institucional, fortalece la coordinación, reduce sobrecostos de acompañamiento y estabiliza la operación con reglas, calendarios y responsables identificables. En lo cívico, multiplica los puntos de contacto entre gobierno y comunidad, disminuye conflictos vecinales, densifica el tejido organizativo y reconstruye confianza a partir de logros visibles y medibles.

El éxito del modelo depende de condiciones habilitantes: formación continua de equipos y liderazgos comunitarios; presupuestos y metas; sistemas de información abiertos y oportunos; y mecanismos de reconocimiento e incentivos que sostengan el esfuerzo vecinal sin recaer en el voluntarismo. Requiere, además, salvaguardas contra riesgos previsible (fatiga, captura, fragmentación, recaída en la consulta sin ejecución), que el propio diseño aborda con rotación de funciones, perfiles representativos, registros de decisión, mando claro, y evaluación pública periódica.

Para garantizar aprendizaje y mejora continua, el modelo requiere institucionalizar una matriz de evaluación en tres niveles: de resultado, al medir el cumplimiento de metas operativas por red y por colonia; de efecto, al observar mejoras en la percepción del servicio, la reducción de tiempos de respuesta y la disminución de incidencias recurrentes; y de impacto, al evaluar incrementos en la confianza ciudadana, el uso sostenido de los espacios públicos y el fortalecimiento del capital social. Este esquema se complementa con un informe anual abierto, auditorías ciudadanas selectivas y comparaciones entre territorios, de modo que el sistema no se reduzca a un protocolo burocrático, sino que funcione como un verdadero ciclo de aprendizaje colectivo e institucional.

Finalmente, el modelo es escalable y transferible: sus principios — cercanía medible, cogestión con reglas, y continuidad garantizada por una estructura ligera— pueden adaptarse a distintos entornos urbanos. Su aporte es doble: ofrece una gramática común para coordinar al gobierno con la comunidad y una métrica compartida para valorar el desempeño. Así, el valor público deja de ser abstracto: se cuenta en calles atendidas, espacios cuidados y confianza sostenida; y, sobre todo, en la certeza de que la participación ya no es un evento, sino una forma de gobernar que se vive cada día en el territorio.



Cercanía que se construye: infraestructura para la cercanía de Tlajo

La cercanía no es únicamente un principio de trato humano o un estilo de gestión pública; también se materializa en piedra, acero y concreto. Un gobierno que busca estar próximo a su gente necesita traducir ese compromiso en infraestructura: espacios físicos donde las personas puedan acceder a trámites, servicios y vínculos comunitarios sin tener que desplazarse largas distancias ni enfrentar centralismos que desgastan tiempo y confianza. Tlajo ha comprendido que la cercanía debe tener rostro en el territorio y, por ello, ha emprendido proyectos que descentralizan el gobierno, lo redistribuyen y lo acercan a las zonas donde más se requiere.

“Estar cerca” no es solo un tono de trato, sino un arreglo institucional con soporte físico, presupuestal y evaluable. En política pública, la cercanía se vuelve efectiva cuando se materializa: un edificio que acerca la ventanilla al barrio; una calle que conecta municipios y recorta distancias; un sistema de evaluación que convierte el discurso en resultados. Tlajo ha dado un giro nítido en esa dirección. Su Plan Municipal de Desarrollo y Gobernanza 2024–2027 (PMDG) pone a las personas en el centro mediante el eje *Tlajo Cercano*, que plantea un gobierno accesible y focalizado en derechos, enlazado con la gestión integral del territorio (*Tlajo Dinámico*), lo que explícitamente asume la infraestructura como condición de cercanía.

De la “cercanía” afectiva a la “cercanía” efectiva

En clave teórica, tres hilos sostienen la tesis. En primer lugar, siguiendo a Oates, el *fiscal federalism* sostiene que los bienes y servicios públicos deben proveerse en el nivel de gobierno más cercano al punto de consumo, porque esa proximidad permite ajustar la oferta a las preferencias locales, reduce asimetrías de información y minimiza costos de transacción (Oates, 1972). Al acortar las distancias físicas y burocráticas entre proveedor y usuario, la cercanía disminuye costos de acceso (tiempo y dinero), facilita circuitos de retroalimentación y rendición de cuentas, y habilita decisiones más finas sobre cobertura, calidad y mantenimiento.

En términos de eficiencia asignativa, ello se traduce en un uso más pertinente de los recursos y en mejoras observables en la experiencia del servicio, lo que eleva tanto la calidad efectiva como la calidad percibida. En síntesis, la cercanía no es un adorno administrativo, sino una condición económica e institucional para prestar mejor los bienes públicos.

Segundo, Ostrom. En una metrópoli no hay un único “centro” capaz de procesar toda la información, atender todas las preferencias y resolver todos los problemas. Por eso, Elinor Ostrom propone la gobernanza policéntrica: un arreglo con múltiples centros de decisión —municipios, agencias especializadas, organismos operadores, comités vecinales, empresas públicas— que son formalmente autónomos pero actúan bajo reglas compartidas, con cooperación y competencia por desempeño. Esta arquitectura aprovecha el conocimiento local (cada nodo resuelve lo que mejor conoce), permite experimentación y aprendizaje (distintas unidades prueban soluciones y se emulan entre sí), y ajusta escala y alcance: lo local presta servicios de cercanía (atención ciudadana, mantenimiento de calles, seguridad barrial), mientras que lo intermunicipal/metropolitano coordina aquello con externalidades territoriales (movilidad, agua, residuos, seguridad, ordenamiento del territorio).

El policentrismo funciona cuando existen reglas de coordinación (planes, reglas, sistemas de trámites unificados), mecanismos de rendición de cuentas y monitoreo (indicadores comparables, auditorías, datos abiertos). Ostrom demuestra que la fragmentación con reglas puede ser más eficiente y más justa que un monocentro: reduce costos de información y transacción, ajusta la provisión a preferencias heterogéneas, y crea redundancias saludables (si un nodo falla, otro puede cubrir).

Tercero, la justicia espacial, en la línea de Harvey y Soja, exige corregir desigualdades de tiempo, costo y riesgo que enfrentan los hogares para acceder a lo público. La “ciudad de 15–20 minutos” de ONU-Hábitat es una traducción operativa de ese principio: fija umbrales de proximidad (servicios esenciales alcanzables a pie, en bici o con transporte local en 15–20 min), y obliga a planear equipamientos y conectividad como

un mismo problema. En términos prácticos, esto significa co-localizar servicios (centros administrativos con módulos multiservicio), diseñar calles completas (banquetas continuas, cruces seguros, señalización táctil, rampas, paradas accesibles), garantizar alumbrado y arbolado para seguridad y confort térmico, y tejer plazas y espacios públicos que funcionen como antesala cívica de los trámites. La cercanía no es un atajo; es redistribución de oportunidades en el territorio mediante infraestructura que reduce trayectos largos, gastos innecesarios y exposición al peligro.

La evidencia en gestión pública (*Bouckaert & Van de Walle*) muestra que la confianza no mejora con campañas, sino con resultados verificables. En políticas de cercanía, esos resultados se miden puerta a puerta: minutos ahorrados por trámite; resolución en primera visita; número de gestiones realizadas en la sede más próxima al domicilio; transparencia activa y percepción de seguridad e iluminación en el entorno inmediato. Cuando la infraestructura de cercanía se acompaña de estándares de servicio, horarios claros, atención inclusiva y mantenimiento rutinario, la ciudadanía observa rendimiento y, en consecuencia, deposita confianza. Sin ese régimen de medición y rendición de cuentas, la cercanía se degrada a un gesto arquitectónico.

Si la justicia espacial y la idea de la ciudad de 15–20 minutos plantean el propósito de acercar lo público a la vida cotidiana, la política pública define los medios para lograrlo: primero, mediante equipamientos bien localizados —como centros administrativos, módulos barriales o plazas— que lleven la ventanilla al barrio; segundo, a través de una conectividad segura que cosa los tejidos urbanos y cruce límites municipales con vialidades intermunicipales, redes peatonales y ciclistas o paradas de transporte integradas; y tercero, con reglas de evaluación que permitan comprobar mejoras tangibles en la vida diaria a través de indicadores comparables, auditorías y encuestas de experiencia usuaria. Solo esta tríada convierte la cercanía en una capacidad estatal distribuida y verificable, y no en una promesa de diseño.

En áreas urbanas continuas, la cercanía es metropolitana o no es: las personas habitan continuidades, no fronteras administrativas. De ahí la necesidad de alinear la infraestructura de cercanía con la planeación y coordinación intermunicipal. Esa arquitectura común evita “bordes de servicio” (alumbrado que se apaga en el límite, banquetas que se interrumpen, rutas que no conectan), asegura mantenimiento y operación compartidos y permite financiar la cercanía con criterios de equidad territorial. El resultado esperado es un sistema policéntrico donde cada nodo local es cercano a su población, y la red conjunta garantiza que ningún barrio quede lejos de lo público.



Cercanía que se puede tocar: los dos nuevos Centros Administrativos Tlajo (CAT)

En clave teórica, tres hilos sostienen la tesis. En primer lugar, siguiendo a Oates, el *fiscal federalism* sostiene que los bienes y servicios públicos deben proveerse en el nivel de gobierno más cercano al punto de consumo, porque esa proximidad permite ajustar la oferta a las preferencias locales, reduce asimetrías de información y minimiza costos de transacción (Oates, 1972). Al acortar las distancias físicas y burocráticas entre proveedor y usuario, la cercanía disminuye costos de acceso (tiempo y dinero), facilita circuitos de retroalimentación y rendición de cuentas, y habilita decisiones más finas sobre cobertura, calidad y mantenimiento.

La construcción del Centro Administrativo Tlajo López Mateos (CAT López Mateos) y del Centro Administrativo Tlajo Corredor Chapala (CAT Chapala) representa un parteaguas en la estrategia de cercanía. Ambos edificios responden a una lógica sencilla pero poderosa: si la población se expande hacia zonas alejadas del centro municipal, el gobierno debe moverse con ella.

En ambos casos, no se trata solo de levantar oficinas, sino de redistribuir el presupuesto municipal con una lógica de justicia territorial: que los habitantes de López Mateos o del Corredor Chapala tengan las mismas condiciones de atención que quienes viven cerca de la cabecera municipal. La cercanía, en este sentido, se vuelve una infraestructura del derecho a ser atendido.

El paso de lo simbólico a lo tangible se evidencia en dos nodos: CAT López Mateos y CAT Corredor Chapala. En el primero, la ficha técnica es clara: inversión aproximada de 120 MDP y un programa arquitectónico que incluye estacionamiento subterráneo, planta baja y primer nivel con cubículos de atención, oficinas administrativas, plazoleta pública, además de instalaciones hidrosanitarias y eléctricas y áreas verdes.

Este diseño no es una suma de metros cuadrados: expresa una teoría de la proximidad. Desde Oates, acerca el punto de consumo del servicio al usuario, recortando el costo generalizado del trámite (*tiempo de viaje + tiempo de espera + costo monetario*). Desde Ostrom, crea un nodo policéntrico que descongestiona la sede central y densifica capacidades estatales en el territorio. Desde ONU-Hábitat, integra espacio público y accesibilidad como derechos urbanos: la plazoleta y las áreas verdes no son ornamento, son infraestructura social que habilita permanencias seguras, fomenta capital social (Putnam) y robustece el puente gobierno-comunidad.

El CAT Corredor Chapala replica el principio: si la población se desplaza y crece fuera de la cabecera, el gobierno se mueve con ella. Durante años, el Corredor Chapala fue percibido como “la zona más lejana” del municipio; para un trámite ordinario, muchas personas invertían más de dos horas en traslados hasta el centro. Hoy el área vive un impulso económico sostenido —inversiones asociadas al Aeropuerto Internacional de Guadalajara, nuevos parques logísticos y un ecosistema logístico como el del corredor industrial de La Alameda, además de centros de distribución como Amazon.

En este contexto, relocalizar el Centro de Trámites al Corredor Chapala no es un gesto, sino una decisión de justicia espacial y eficiencia asignativa: la cercanía deja de depender del domicilio del ciudadano y pasa a depender de la capacidad del municipio para situar servicios donde ocurre la vida y el trabajo. El resultado esperado es doble: reducir el tiempo (menos traslados y esperas) mediante un centro administrativo y anclar el desarrollo productivo con una institucionalidad próxima que agilice permisos, regularizaciones y atención cotidiana.



Cercanía que conecta: calle intermunicipal Zapopan–Tlajo

Existe un signo importante que encarga de manera material la cercanía de la infraestructura, que es la conectividad vial intermunicipal. Una calle que cose el límite entre Zapopan y Tlajo convierte “estar cerca” en un hecho metropolitano: reduce tiempos y riesgos de viaje, ilumina trayectos antes oscuros, drena el agua donde antes se encharcaba y habilita desplazamientos a pie y en bici con seguridad. En suma, se trata de calles completas que articulan movilidad, seguridad vial, drenaje pluvial, accesibilidad universal y espacio público. La relevancia no es solo técnica: cuando dos municipios co-producen una calle, la infraestructura deja de ser un objeto y se vuelve una institución intergubernamental que organiza responsabilidades, financia mantenimiento, comparte datos y establece estándares comunes.

El Plan municipal de desarrollo y gobernanza 2024-207 ya fija esta cancha: una política con visión integral y metropolitana para optimizar el desarrollo urbano y mejorar la calidad de vida; instrumentos como Plan Integral de Movilidad Urbana Sustentable (PIMUS) y Plan de Ordenamiento Territorial Metropolitano (PotMet) ayudan a priorizar obras que contengan la dispersión y garanticen accesibilidad a equipamientos (centros administrativos, escuelas, salud, nodos de transporte).

Traducido al lenguaje del proyecto, significa diseñar y operar la calle como red: secciones transversales con banquetas continuas y rampas a nivel, cruces seguros y esquinas compactas, ciclovías protegidas donde la demanda lo justifique, paradas de transporte integradas (iluminadas, con refugio y señalización), gestión de velocidad (calmado de tráfico, mesas elevadas), alumbrado vial y peatonal diferenciado y drenaje pluvial con soluciones basadas en la naturaleza (zanjas de infiltración, franjas permeables) para resiliencia climática. Una calle así alimenta la proximidad administrativa (p. ej., el CAT) y, a la vez, derrama beneficios en comercio de barrio, seguridad y cohesión social.

Desde la justicia espacial, esta conectividad corrige pobreza de tiempo y de accesibilidad: recorta traslados de trabajadores hacia parques industriales y nodos logísticos, acerca equipamientos a barrios periféricos y redistribuye seguridad vial —porque la siniestralidad también es desigual. La legitimidad del proyecto se mide en vidas y lesiones evitadas, no solo en kilómetros intervenidos. En términos económicos, genera efectos de red: abarata la logística de última milla, estabiliza rutas de transporte público, activa frentes comerciales y eleva el valor de uso del espacio para la vida cotidiana (no solo el valor de cambio del suelo).

La cercanía también es legitimidad por la relación: cuando dos gobiernos se coordinan para que una calle funcione como una sola, están mostrando —no diciendo— que el Estado está disponible donde transcurre la vida, Zapopan y Tlajo “siempre chambeando a otro nivel” decía la frase con la que arrancó la remodelación de la vialidad. La ciudadanía no transita por límites administrativos; transita por continuidades urbanas. Por eso, una calle intermunicipal bien diseñada y bien gobernada es, a la vez, infraestructura y relato cívico: explica con hechos que la proximidad no depende del domicilio del usuario, sino de la capacidad pública de tejer territorio.

La cercanía tiene una dimensión relacional. Putnam recuerda que el capital social se nutre de prácticas repetidas de cooperación y confianza. Los CAT—con plazuelas, áreas verdes y trámites cotidianos— son lugares de encuentro donde esa cooperación se vuelve rutina. El PMDG, construido con metodología participativa, refuerza ese contrato: un plan “fruto de un esfuerzo colectivo” que promete un gobierno cercano, humano y transparente.

Pero el capital social no se decreta: se facilita. De ahí la relevancia de mantenimiento (alumbrado, arbolado, banqueta), operación (horarios, colas inteligentes, intérpretes) y coordinación metropolitana permanente (IMEPLAN y mesas técnicas) para que la proximidad no se “rompa” en el límite municipal.

Cuando un gobierno descentraliza sedes (CAT López Mateos y Corredor Chapala) y construye calles que cosen municipios, la cercanía deja de ser una promesa y se convierte en capacidad estatal distribuida. El PMDG provee la arquitectura estratégica y de evaluación para

sostenerla; la teoría (Oates, Ostrom, Rosanvallon, Putnam, ONU-Hábitat) explica por qué esto mejora bienestar y legitimidad; la práctica dirá en qué medida sucede. La prueba no será el edificio en sí mismo, sino el tiempo que la gente deja de perder, la seguridad con la que camina hasta la ventanilla y la confianza con la que sale de ella. Si esos resultados se observan y documentan con el sistema de indicadores del propio PMDG, Tlajo habrá dado un paso decisivo: cambiar la geografía del Estado para que esté, literalmente, siempre cerca.

Hablar de corresponsabilidad es hablar de poder compartido. Lejos de ser voluntariado simbólico o “mano de obra” para tapar ausencias del Estado, la corresponsabilidad es una forma de gobernanza donde ciudadanía y gobierno se reconocen como coautores del espacio público.

En Tlajo, esta noción se traduce en una política concreta: el municipio pone a disposición camiones equipados con herramientas y personal técnico para intervenir, junto con las y los vecinos, parques, calles y escuelas. La apuesta es clara: el gobierno acerca medios y coordinación; la comunidad aporta conocimiento del territorio, tiempo y cuidado sostenido.



Corresponsabilidad como valor público y política de gobierno: el caso de Tlajo

Los resultados dan cuenta de una capacidad instalada que ya opera a escala municipal. Con datos actualizados al 31 de julio, se han realizado 2,251 intervenciones comunitarias en las ocho zonas del municipio, abarcando poda, limpieza, pintura, balizamiento, forestación, desazolve, descacharrización y rehabilitación de mobiliario urbano. La cobertura territorial muestra avances en Cabecera (387), San Sebastián (428), Corredor López Mateos (286), Circuito Sur (253), Valle Norte (279), Valle Sur (179), Ribera (213) y Chapala (226). Más allá del volumen, el valor de estas intervenciones reside en su cualidad: no son operaciones aisladas, sino jornadas codirigidas que reconfiguran la relación entre la comunidad y su gobierno.

La corresponsabilidad como valor público: un marco conceptual

La literatura clásica sobre participación recuerda que no toda invitación a participar otorga poder real. Arnstein (1969) mostró, mediante su *“escalera de la participación”*, que existen peldaños bajos (información, consulta) y peldaños altos (alianza, delegación, control ciudadano). La corresponsabilidad aspira a ubicarse en la parte alta de esa escalera: busca que la ciudadanía influya en decisiones y comparta la ejecución, sin renunciar a los estándares y obligaciones del Estado.

Desde la perspectiva de la co-producción de servicios públicos, la corresponsabilidad implica diseñar y prestar servicios “con” la gente y no únicamente “para” la gente. Bovaird (2007) define la co-producción como la implicación de usuarios, voluntariado y grupos comunitarios a lo largo del ciclo de políticas: diseño, provisión y evaluación. No se trata de sustituir al gobierno, sino de reconfigurar su relación con la comunidad en términos de corresponsabilidad, complementariedad y control mutuo.

Nabatchi, Sancino y Sicilia (2017) precisan que la co-producción puede ocurrir en momentos diferentes —encargo, co-diseño, co-entrega, co-evaluación— y con actores diversos —individuos, grupos y redes comunitarias—. La evidencia sugiere que los programas más robustos no concentran la participación solo en la ejecución: la distribuyen a lo largo de todo el ciclo, desde la definición de prioridades hasta la evaluación de resultados.

Por su parte, la literatura sobre gobernanza participativa empoderada (*Fung & Wright, 2003*) subraya un punto clave: para que la participación tenga efectos, requiere anclaje estatal. La descentralización de la resolución de problemas hacia arenas locales funciona cuando hay recursos, reglas y facultades que vuelven vinculante la deliberación y sostenibles los acuerdos. La corresponsabilidad, así entendida, no exime al gobierno; lo obliga a estar cerca, a facilitar recursos y a rendir cuentas.

Este marco también alerta sobre riesgos. La participación, si se diseña mal, puede reproducir desigualdades, ser capturada por élites locales o generar cansancio en los mismos grupos de siempre (Mansuri & Rao, 2013). La respuesta no es abandonar la corresponsabilidad, sino cuidarla con reglas de inclusión, transparencia y aprendizaje adaptativo.

El programa de Tlajo parte de un diagnóstico nítido: baja participación ciudadana, desconfianza institucional y cobertura desigual de servicios y mantenimiento en el espacio público. La intervención pública se organiza territorialmente en ocho zonas —Cabecera, San Sebastián, Corredor López Mateos, Circuito Sur, Valle Norte, Valle Sur, Ribera y Chapala— con equipos municipales de Agentes de Corresponsabilidad y camiones equipados con herramientas. Este “anclaje” materializa la corresponsabilidad: el gobierno municipal no delega el problema, sino que llega con medios, técnica y logística, y la comunidad aporta trabajo, conocimiento local y cuidado.

El programa contiene varios componentes articulados. “Corresponsabilidad Social Siempre Cerca” impulsa intervenciones cotidianas y programadas en espacios públicos con un objetivo operativo claro: intervenir de manera constante en todas las zonas. “Jueves de Corresponsabilidad” concentra acciones básicas en agencias, delegaciones, fraccionamientos y escuelas, y el “Día de Corresponsabilidad Integra en tu escuela” acompaña mejoras de infraestructura escolar junto con comités de madres y padres. Este ecosistema de acciones permite pasar del evento aislado a la práctica recurrente y reconocible, que genera hábitos de colaboración.

El rasgo distintivo no es únicamente la provisión de camiones y herramientas, sino la coreografía del encuentro entre personal municipal y vecindario. Ahí ocurre el desplazamiento del “receptor de servicios” hacia el “coautor del espacio público”. Esa coreografía importa tanto como la cantidad de metros podados o pintados, porque moldea expectativas, distribuye responsabilidades y define el estándar de cuidado posterior.

Corresponsabilidad integral en tu escuela

El subprograma educativo de corresponsabilidad nace como una extensión del programa general y se orienta a intervenir los planteles escolares y su entorno inmediato, fomentando un sentido de pertenencia y de cuidado compartido junto con los comités de madres y padres de familia. Su operación sigue un itinerario de cinco momentos encadenados que aseguran orden y continuidad: primero, la solicitud formal del plantel, mediante oficio dirigido a la Dirección de Infraestructura Educativa; segundo, la planeación conjunta, en la que Infraestructura y la Dirección de Corresponsabilidad definen alcances, materiales y planteles a intervenir, asignando brigadas con camión y herramientas; tercero, la coordinación con la escuela, donde se acuerda la fecha con la dirección y se convoca al comité escolar y al alumnado voluntario; cuarto, la intervención conjunta, en la que brigada municipal, familias, docentes y estudiantes realizan labores de limpieza, pintura, balizamiento y forestación; y quinto, el seguimiento, a cargo del comité y del profesorado, quienes mantienen el espacio y reportan incidencias a través de los canales municipales. Este proceso integra el anclaje estatal —recursos, logística y estándares de calidad— con la apropiación comunitaria del espacio escolar, alineándose con el marco de la gobernanza participativa empoderada.

El diseño también asegura un ritmo regular y previsible: un día por semana se destina en cada una de las ocho zonas del municipio para intervenir entornos escolares, lo que imprime constancia a la estrategia. Durante el primer cuatrimestre de 2025 se contabilizaron 480 intervenciones, con 65 planteles atendidos y alrededor de 3,000 participantes directos, alcanzando así el 100% de cobertura territorial. Estas cifras reflejan la capacidad de coordinación interinstitucional y la movilización comunitaria en torno a la escuela como nodo central de cohesión barrial.

Con ello, la corresponsabilidad en Tlajo ha pasado del discurso a la práctica, con anclaje territorial, medios materiales y capacidad operativa comprobable. El subprograma escolar demuestra que es posible coproducir valor público desde espacios de alta legitimidad social, traduciendo la cercanía en rutinas de cuidado y en resultados verificables. La siguiente frontera es profundizar la co-decisión y la coevaluación, garantizar la equidad en la participación y medir el valor público más allá del simple conteo de jornadas. Alcanzar este nivel permitirá consolidar un estándar replicable de gobierno “siempre cerca”, que reconozca a la comunidad educativa no como beneficiaria, sino como coautora del espacio común.

Resultados y aprendizajes: cobertura, ritmo y sentido

El balance cuantitativo muestra 2,251 intervenciones comunitarias, con actividad en las ocho zonas. San Sebastián y Cabecera concentran el mayor número, seguidas por Valle Norte, Corredor López Mateos, Chapala, Ribera, Circuito Sur y Valle Sur. Esta distribución evidencia una capacidad operativa extendida y un esfuerzo por cubrir todo el territorio municipal. Lo relevante, sin embargo, es avanzar del “cuánto” al “para qué”: ¿qué cambió en el uso de los espacios? ¿Qué percepciones de confianza y cercanía se modificaron? ¿Cómo evolucionó la permanencia de las mejoras a 30, 60 y 90 días?

En términos cualitativos, las jornadas producen un efecto social inmediato: el trabajo colectivo reduce la distancia entre personas servidoras públicas y vecinas, y genera un contrato cívico de cuidado compartido. Cuando un parque se limpia y baliza por equipos mixtos, el resultado no es solo estético: se refuerza un pacto de corresponsabilidad que dificulta el deterioro y legitima el reporte temprano de daños. El valor público radica tanto en el resultado físico como en la relación cívica que se trama en el proceso.

Un modelo replicable: estándares para consolidar la corresponsabilidad

Para que el programa se consolide como modelo y no como suma de jornadas, es imprescindible ordenar principios y reglas. En primer lugar, conviene explicitar los roles: el gobierno garantiza insumos críticos —camiones, herramientas, personal técnico, gestión de residuos y seguridad— y la comunidad acuerda compromisos de tiempo, representación y custodia del espacio. En segundo lugar, la priorización de lugares debe hacerse con criterios públicos y comprensibles —necesidad, vulnerabilidad, densidad poblacional, usos del espacio— para que la percepción de equidad sea tan sólida como la distribución operativa.

La calidad técnica se preserva con fichas de intervención simples y visibles, que indiquen estándares de poda, balizamiento, forestación o pintura, así como medidas de seguridad para las personas participantes. El calendario de trabajo y de mantenimiento posterior permite que la comunidad se prepare y que el municipio module su logística. Finalmente, la cuenta pública periódica —con insumos aportados, horas invertidas y resultados— fortalece la confianza y retroalimenta decisiones.

Un instrumento útil es el “pacto de corresponsabilidad” a nivel colonia o escuela: un documento breve donde el gobierno y la comunidad establecen metas, aportes, salvaguardas (incluida la perspectiva de género y la no discriminación) y un horizonte de mantenimiento. Este pacto no privatiza el espacio público; por el contrario, lo blinda de capturas y establece una regla de cuidado común verificable.

Alineación estratégica con el Plan Municipal de Desarrollo y Gobernanza y los ODS

La política de corresponsabilidad se alinea con el Plan Municipal de Desarrollo y Gobernanza 2024–2027, en el eje “Tlajo Cercano”, y

contribuye a los Objetivos de Desarrollo Sostenible 10 y 16. Ese encuadre ofrece dos ventajas: dota al programa de una brújula de equidad y paz social y lo inserta en estándares internacionales de instituciones eficaces y comunidades cohesionadas. Para aprovechar este marco, conviene fijar metas anuales por zona, publicar un tablero ciudadano de avances y realizar cortes trimestrales con comités comunitarios. Así, el lenguaje de la corresponsabilidad —cercanía, escucha, cuidado— se traduce en metas verificables y en aprendizaje continuo.

Tlajo ha dado un paso relevante al convertir la corresponsabilidad en práctica gubernamental con anclaje territorial, medios materiales y capacidad operativa. Las 2,251 intervenciones al 31 de julio no solo hablan de constancia: muestran que es posible acortar la distancia entre ciudadanía y gobierno con reglas claras, presencia estatal y colaboración estructurada. El reto de la siguiente etapa es profundizar el modelo: pasar de la co-ejecución a la co-decisión y la co-evaluación, blindar la equidad en la participación y medir valor público más allá del conteo de jornadas. Si esas piezas se consolidan, la política no solo seguirá mejorando parques, escuelas y calles; consolidará un estándar replicable de gobierno “siempre cerca” que reconoce a la ciudadanía como coautora del espacio común.



Salud
cerca de ti

Folio 0



Salud Cerca de Ti: la cercanía como derecho al bienestar

La política de cercanía en Tlajo no se limita al espacio público o a la interlocución comunitaria; también se expresa en el acceso a derechos básicos. Uno de los más significativos es la salud. Siguiendo a Amartya Sen (1999), el bienestar no puede entenderse únicamente como ingreso o cobertura de servicios, sino como la expansión de capacidades reales para vivir una vida digna. Bajo esta premisa, el programa Salud Cerca de Ti materializa la idea de cercanía como política social, al acercar la atención médica a las personas y reducir las barreras económicas y territoriales que históricamente han limitado el acceso.

En el plano operativo, el programa se consolidó con la construcción de tres clínicas comunitarias —en el Centro Multidisciplinario del Valle, Los Cántaros y la Cabecera Municipal (DIF)— que funcionan como nodos de bienestar en territorios estratégicos. Allí, miles de familias en situación de vulnerabilidad encuentran un acceso garantizado a consultas médicas ilimitadas, revisiones dentales, estudios de laboratorio y medicamentos del cuadro básico. La lógica es clara: no se trata de esperar a que la población recorra largas distancias ni de dejar la atención al mercado privado, sino de que el gobierno esté presente en la vida cotidiana de la gente con infraestructura, medicamentos y personal médico.

La dimensión de impacto es notable. En su primera fase, 2,500 personas recibieron cobertura directa, con un padrón conformado por beneficiarios de programas alimentarios del DIF, cuidadores y líderes comunitarios. Posteriormente, el programa escaló hasta alcanzar 15,300 familias, con tarjetas que acreditan el derecho a recibir atención médica gratuita y de calidad. En términos de justicia social (Rawls, 1971), esto significa redistribuir recursos públicos hacia quienes más lo necesitan, corrigiendo desigualdades y ampliando las oportunidades de vida de niñas, niños, adolescentes y personas con discapacidad.

La lógica de “estar cerca” se traduce aquí en indicadores tangibles: tres medicamentos mensuales, dos pares de lentes graduados al año, seis estudios de laboratorio anuales, además de consultas médicas, dentales y de optometría ilimitadas. Estos beneficios no solo reducen gastos familiares significativos, sino que generan confianza en las instituciones locales al demostrar que el gobierno cumple su palabra con resultados verificables.

El programa también confirma una tesis más amplia de la gobernanza local: la proximidad como capacidad institucional (Rosanvallon, 2011). No basta con abrir ventanillas o crear protocolos; se requiere presencia física, trato humano y resultados medibles en el territorio. Así, Salud Cerca de Ti encarna la noción de cercanía como política pública estructural y no como gesto asistencial. El DIF Tlajo —llamado por la Coordinadora Patricia Sandoval “el corazón del gobierno” se convierte en actor clave de este nuevo contrato social, porque representa la parte más humana y sensible del Estado local.

Desde una perspectiva de justicia espacial (Soja, 2010), las clínicas descentralizadas también corrigen desigualdades territoriales: la salud ya no se concentra únicamente en la cabecera, sino que se distribuye en zonas de alta densidad y vulnerabilidad. De este modo, la cercanía en salud es también redistribución de oportunidades en el territorio.

En suma, Salud Cerca de Ti muestra cómo un gobierno local puede transformar la política social en un mecanismo de cercanía efectiva. No se trata únicamente de brindar atención médica, sino de reconstruir confianza, dignificar la vida cotidiana y garantizar derechos básicos desde la escala municipal. Con ello, Tlajo reafirma que la cercanía no es solo presencia simbólica, sino un modo de gobernar que pone la salud y el bienestar en el centro de su contrato social.



Gobernar con la gente, transformar para siempre

Gerardo Quirino Velázquez Chávez
Presidente Municipal de Tlajo.

La estrategia de cercanía que hemos impulsado en Tlajo no es un recurso temporal ni una fórmula de corto plazo. Es, y seguirá siendo, una visión profunda, estructural y de largo aliento. No nace de la urgencia, sino de la convicción. No responde a una moda política, sino a una necesidad histórica: construir un municipio más justo, ordenado y humano desde la raíz, con la gente al centro de cada decisión.

Esta estrategia no se agota en uno o dos trienios. Tiene una ruta clara hacia el año 2042, porque entendemos que los desafíos más complejos no se resuelven con parches, sino con planificación, con constancia y con voluntad colectiva. Sabemos que Tlajo arrastra problemas estructurales que llevan años sin resolverse: fraccionamientos abandonados, servicios públicos desbordados, falta de infraestructura y una crisis del agua que amenaza la calidad de vida presente y futura. A estos retos no se les puede dar la vuelta con discursos. Se enfrentan con hechos, con políticas integrales y, sobre todo, con comunidad.

Por eso, en materia de vivienda, decidimos no mirar hacia otro lado. Donde otros ven abandono, nosotros vemos potencial. Recuperar casas vacías es solo el comienzo; lo esencial es devolverle alma a los barrios. Queremos que cada hogar rehabilitado sea el corazón de una comunidad viva, conectada, segura y con identidad. Nuestra meta de rescatar 10 mil viviendas en esta primera etapa no es solo una cifra: es el punto de partida de una regeneración urbana que apunta a restituir la dignidad y la esperanza en miles de familias. Es combatir la inseguridad desde sus raíces, reconstruyendo el tejido social y creando entornos donde florezca la convivencia.

En el eje de las obras estratégicas, cada vialidad rehabilitada, cada centro comunitario y cada espacio público recuperado son más que ladrillos y concreto: son símbolos de un gobierno que escucha, que responde, que construye con visión. La nueva comisaría y academia de policía, el Bosque Urbano de Lomas del Sur, los centros administrativos descentralizados, son nodos que acercan al gobierno con la ciudadanía y promueven un desarrollo más equilibrado y sostenible. Son la prueba tangible de que la infraestructura, cuando se planea con sentido social, se convierte en justicia territorial.

En cuanto al agua, asumimos uno de los compromisos más profundos de nuestra historia reciente. Porque el acceso al agua no puede seguir siendo una moneda de cambio política ni un privilegio condicionado. Es un derecho fundamental, y garantizarlo implica transformar de fondo nuestra infraestructura hidráulica y nuestras prioridades como sociedad. Apostamos por más agua superficial, por nuevas plantas de tratamiento y por redes de distribución eficientes, porque no estamos gestionando un recurso: estamos defendiendo la vida.

Nada de esto sería posible sin la respuesta de la ciudadanía. En cada colonia donde intervenimos, en cada parque recuperado, en cada jornada de limpieza o reforestación, hay una señal clara de que la gente quiere participar, quiere incidir, quiere ser parte de la transformación. Vecinas y vecinos que cuidan sus espacios, niños que juegan en áreas seguras, jóvenes que se suman como voluntarios: ahí está la verdadera fuerza de esta estrategia. La cercanía no es un discurso: es una práctica que está dando frutos.

Y por eso estamos convencidos de que este modelo de gobierno debe trascender. Porque no se trata de quién lo impulsa, sino de para qué y con quién se construye. Gobernar con la gente es, al final, el único camino para transformar de verdad. La cercanía es nuestro método, pero el propósito va mucho más allá: queremos un Tlajo que deje atrás el rezago, que recupere su orgullo, que sea ejemplo de sostenibilidad, inclusión y participación ciudadana.

Este proyecto es una apuesta por el futuro, pero también una respuesta a lo que la gente nos ha dicho durante años: “No queremos un gobierno lejano, queremos un gobierno presente, que camine con nosotros y no por encima de nosotros”. Esa ha sido nuestra guía. Y con ella, estamos sentando las bases de un Tlajo distinto, que no solo enfrenta sus problemas, sino que se atreve a imaginar y construir el lugar donde todos queremos vivir.

Porque al final, no estamos haciendo política. Estamos haciendo comunidad. Y eso, sin duda, es lo que puede cambiarlo todo.



Un mensaje al lector: La fuerza de la Corresponsabilidad

Al cerrar este libro, me gustaría dejarles un mensaje que es, para mí, el más importante: ojalá que, desde cualquier posición en la que se encuentren —en su casa, en su trabajo, en su escuela—, se sientan estimulados a involucrarse en los temas públicos.

No lo digo como un eslogan. Lo digo como una convicción absoluta: la participación activa de la ciudadanía es la única forma de generar progreso real y desarrollo sostenible.

A menudo, la política se percibe como algo lejano, algo que hacen “otros”. Pero los países que han logrado generar un verdadero desarrollo, las sociedades que admiramos, son aquellas que tienen mujeres y hombres profundamente comprometidos con los temas colectivos.

Hay una idea que me ha guiado siempre: así como nos interesa nuestro hogar, debe interesarnos el espacio público. Piénsenlo de esta manera: muchos rentamos casa, y la cuidamos. Pero el parque, la calle, la plaza... esos espacios no son rentados. Esos sí son nuestros. Son el patrimonio de nuestros hijos, y nos pertenecen a todos.

Por eso, involucrarnos en los temas públicos no es una opción, es una responsabilidad sobre lo que es nuestro. Y por eso, nuestro modelo de gobierno basado en la cercanía no es otra cosa que una invitación a ejercer esa responsabilidad.

Lo que buscamos es que la gente sepa que, sin importar las circunstancias, va a tener un gobierno en el que encontrará eco. Un gobierno que escucha y que ofrece alternativas.

Pero esas alternativas solo se van a capitalizar y a potenciar en la medida en que, como ciudadanos, nos involucremos. El gobierno puede poner la luminaria, pero es la comunidad quien la cuida y la disfruta. El gobierno puede construir el parque, pero son las familias quienes le dan vida.

Ojalá podamos estimular en cada lector que el involucramiento y la participación en los temas colectivos es, y siempre será, lo máximo para una sociedad.

Gerardo Quirino Velázquez Chávez.



Manifiesto de Corresponsabilidad: Yo me comprometo con mi comunidad

Querida vecina, querido vecino:

Si tienes esta página en tus manos, es porque has recorrido un camino de historias, ideas y testimonios. Has leído sobre la importancia de caminar juntos, de escucharnos y de entender que el gobierno no es una entidad lejana, sino el reflejo de lo que construimos entre todos.

Ahora, las páginas del libro terminan, pero la verdadera historia apenas comienza: la tuya.

La corresponsabilidad no es una idea abstracta; es una decisión. Es la suma de pequeñas acciones que, unidas, transforman nuestra realidad. Es dejar de esperar para empezar a proponer. Es mirarnos a los ojos y reconocer que compartimos un mismo hogar.

Este no es solo un papel. Es un primer paso. Es tu voz diciendo “presente”.

¿Y ahora, qué sigue?

Este manifiesto es el inicio de un diálogo. Deposítalo en uno de los buzones públicos de corresponsabilidad que encontrarás en tu comunidad.

Al hacerlo, tu propuesta no se perderá. Se sumará a la de cientos de vecinos que, como tú, han decidido dejar de ser espectadores. Juntos, convertiremos estas palabras en un plan de acción, demostrando que cuando la ciudadanía y el gobierno caminan de la mano, no hay desafío que no podamos superar.

Gracias por creer. Gracias por actuar.



Mi Contrato con Nuestro Hogar Común

Yo, _____,
(Escribe tu nombre completo)
vecina/o de la colonia/fraccionamiento: _____

entiendo que el futuro de mi comunidad también está en mis manos. Por eso, hoy asumo mi parte del compromiso.

1. Identifico un desafío: He observado que en mi entorno (mi calle, mi parque, mi colonia) podemos mejorar en: _____

(Ejemplo: "la limpieza de la plaza", "la falta de iluminación en la calle", "la organización de actividades para los jóvenes", "el cuidado de las áreas verdes")

2. Propongo una acción: Como primer paso, me comprometo a aportar mi granito de arena. La acción que yo puedo iniciar es: _____

(Ejemplo: "organizar una jornada de limpieza con mis vecinos el primer sábado del mes", "reportar las luminarias fundidas a través de la app", "ofrecer una hora a la semana para dar clases de regularización", "plantar un árbol en el área común")

3. Invito a la corresponsabilidad: Para que esta acción tenga un mayor impacto, creo que podríamos colaborar. Propongo que el gobierno nos apoye con _____ y que mis vecinos y yo nos organicemos para _____.
(Ejemplo: "...que el gobierno nos apoye con bolsas y guantes" y que "mis vecinos y yo nos organicemos para separar la basura")

Firma: _____

Fecha: _____



Bibliografía

Aguilar Villanueva, L. (2016). La política pública: Introducción a la práctica gubernamental. Porrúa.

Aguilar Villanueva, L. F. (2006). Gobernanza y gestión pública. Fondo de Cultura Económica.

Arnstein, S. R. (1969). A ladder of citizen participation. *Journal of the American Institute of Planners*, 35(4), 216–224. <https://doi.org/10.1080/01944366908977225>

Bovaird, T. (2007). Beyond engagement and participation: User and community coproduction of public services. *Public Administration Review*, 67(5), 846–860. <https://doi.org/10.1111/j.1540-6210.2007.00773.x>

Cabrero Mendoza, E. (1999). Gerencia pública municipal: Conceptos básicos y estudios de caso. CIDE / Miguel Ángel Porrúa.

Cabrero Mendoza, E. (2002). Innovación en gobiernos locales: Un panorama de experiencias municipales en México. CIDE / Fundación Ford.

Canel, M., & Sanders, K. (2012). Comunicación gubernamental: Estrategias para gobernar con la opinión pública. Ariel.

Canto Chac, M. (2008). Gobernanza y participación ciudadana en las políticas públicas frente al reto del desarrollo. *Política y Cultura*, (30), 9–37.

Canto Chac, M. (2013). Participación ciudadana y gestión local en México: Avances y desafíos. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 58(218), 117–144. [https://doi.org/10.1016/S0185-1918\(13\)72214-2](https://doi.org/10.1016/S0185-1918(13)72214-2)

Cunill Grau, N. (1997). Repensando lo público a través de la sociedad: Nuevas formas de gestión pública y representación social. CLAD / Nueva Sociedad.

Fung, A., & Wright, E. O. (2003). Deepening democracy: Institutional innovations in empowered participatory governance. Verso.

Gobierno de Tlajomulco de Zúñiga. (2025). Programa de corresponsabilidad: Informe de intervenciones en espacio público con corresponsabilidad ciudadana (noviembre 2024–julio 2025). Coordinación General de Cercanía y Corresponsabilidad Social / Dirección de Desarrollo y Cercanía Social. (Documento interno).

Gobierno de Tlajomulco de Zúñiga. (2025). Redes de cercanía y corresponsabilidad: Presentación institucional (versión 2025.01) [Presentación]. Coordinación General de Cercanía y Corresponsabilidad Social.

González Hernández, O. (2024, 5 de noviembre). Buscan recuperar espacios públicos en Tlajo. El Informador. <https://www.informador.mx>

Mansuri, G., & Rao, V. (2013). Localizing development: Does participation work? World Bank. <https://doi.org/10.1596/978-0-8213-8256-1>

Nabatchi, T., Sancino, A., & Sicilia, M. (2017). Varieties of participation in public services: The who, when, and what of coproduction. *Public Administration Review*, 77(5), 766–776. <https://doi.org/10.1111/puar.12765>

Rosanvallon, P. (2011). La legitimidad democrática: Imparcialidad, reflexividad y proximidad. Paidós.

Subirats, J. (2002). La proximidad como principio de acción pública local. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (98), 67–89.

Subirats, J. (2002). Nuevas formas de gobernar: ¿Más democracia y más eficacia? Ariel.

Subirats, J., Knoepfel, P., Larrue, C., & Varone, F. (2008). Análisis y gestión de políticas públicas. Ariel.

Touraine, A. (1994). Crítica de la modernidad. Fondo de Cultura Económica.

Ziccardi, A. (2004). Participación ciudadana y políticas sociales en el ámbito local. UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales.

Ziccardi, A. (2008). Espacio público y participación ciudadana en las políticas sociales urbanas. *Revista Mexicana de Sociología*, 70(1), 35–63.

Tlajo: de cerquita,

tempranito y con la gente.

¿Cómo se gobierna una ciudad sin perder el rostro humano? Tlajo apostó por salir del escritorio y escuchar en la calle. De esa práctica nació un método —presencia, palabra cumplida y medición constante— y un pacto: corresponsabilidad para cuidar lo común.

Este libro narra, con crónicas y decisiones, cómo vecinos que antes solo se quejaban hoy acuerdan; cómo cuadrillas recuperan parques junto a sus habitantes; cómo clínicas acercan la salud a los barrios; cómo obras cosen distancias y devuelven tiempo de vida. No es un lema: es un modelo institucional de cercanía que convierte la participación en hábito y a la ciudad en una escuela abierta. “Siempre cerca” no es promesa: es una forma de gobierno que aprende caminando con su comunidad.

